



CUENTOS ABISMALES

COORDINADORES

ROGELIO LAGUNA

ROBERTO BERMÚDEZ

CUENTOS
ABISMALES



CUENTOS ABISMALES

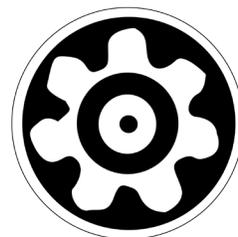
COORDINADORES

ROGELIO LAGUNA

ROBERTO BERMÚDEZ



Revista
consideraciones



Mil Mesetas

Cuentos abismales

Antología

Coordinada por Rogelio Laguna y Roberto Bermúdez

Diseño editorial Brenda Laguna

Fotografía de Portada Rodrigo Corona

Corrección de estilo Adrian Arrieta y Jocelyn Karina Toledo Hernández

Primera Edición Primavera 2021

Derechos reservados de la presente edición para todo el mundo

ISBN 978-607-99227-0-2

ÍNDICE

PRÓLOGO

Octavio Solís

LA SILUETA DE GENOVEVA LYZ

Nora Lizet Castillo Aguirre

OLLA MOLERA

Marianela Fiesco

HURONA

Lauri Cristina García Dueñas

PROPUESTA DE INSTALACIÓN DE ARTE MULTIMEDIA SOBRE LA PANDEMIA

Daniel Salazár

ONOMATOPEYA DEL DESEO

Israel G. Castro

LA MARIONETA

Leopoldo Lezama

TIEMPO DE OLVIDAR

Raúl González

CASO TOMADO

Lucila May Peña

TORTURAS

José P. Serrato

ESE VACÍO

Kristie Rodríguez Pérez Abreu

NO LAS MATES

Guillermo Vargas

SE ATORARON LAS VELOCIDADES

Verónica Zárate Rosales

EVANIBALDO

Octavio Sólis

FANTASMA 1

Norma García

APRENDIZ DE BIOLOGÍA

Abril Méndez

EL DÍA MÁS FELIZ DE MI VIDA. LA CARTA PÓSTUMA DE MARIO LEE

Walter M. Arellano

MI PADRE EL RELOJERO

Xicontécatl Servin

LAS PLANTAS DE MI ABUELA

Rogelio Laguna

PRÓLOGO

No había de otra mas que intentar ser salvados por el alma perversa de las palabras, pues el espíritu de esta época es sombrío; por eso los autores de estos cuentos encontraron en el lado obscuro de las palabras un remanso, un refugio. No para regodearse en el fango del abismo donde esta realidad nos ha postrado.

Las palabras son siempre una apuesta por la vida. Juntarlas es recrear mundos, sanarnos, juntar almas, acercarnos. Hacer todo aquello que la enfermedad nos ha prohibido, arrebatado.

La realidad ha superado la ficción, desde hace un año parece que vivimos en un mundo onírico sin salida, un sueño repetitivo que en ocasiones se vuelve pesadilla. No había de otra más que recurrir al sonido delirante de las palabras para desenterrar la esperanza y sembrar con ello futuro.

Hacer un registro de este naufragio colectivo que nos apremia ser un poco más sabios, un tanto menos egoistas. Escribir para no olvidar, recordar para crecer, corregir, mejorar. Cada uno de los personajes que habitan eternamente en estas páginas tremulan entre la desesperación y el anhelo por sublimarse.

Esta antología de cuentos con diversos tópicos e historias tan distintas, todas juntas contienen reminiscencias de una época naciente. Nos ha tocado presenciar el umbral de un tiempo nuevo, a punto de

nacer, pero que como todo parto, obliga reticencia, dolor.

No son páginas complacientes pero sí honestas, de un fiel acompañante que interpela pero nunca traiciona. Esta es la más noble tarea de la literatura, no sólo transformar este mundo, ni hacerlo más habitable, sino parir verdades astilladas, para poder asirnos a una de ellas y continuar la vida sin ser los mismos.

Estos cuentos desde el abismo, sueñan su propia luz, buscan su camino, su propia verdad. Son testimonio de un tiempo en que parece, nos hemos extraviado. Habrá que retomar la vida, pero para que sea un fruto digno de ella, la vida tendrá que ser distinta.

Y en estos mundos imaginados e impregnados en estas páginas, bien vale la pena perderse un poco para encontrarnos, para escuchar nuestra propia voz en el eco de los otros que han tenido el atrevimiento de plasmar su vivencias, dolores y promesas.

Ven, incrédulo lector, asómate un poco, al menos de reojo, a este abismo compartido.

Octavio Solís

LA SILUETA DE GENOVEVA LYZ

NORA LIZET CASTILLO AGUIRRE

Para Genoveva Lyz permanecer dentro de esa habitación era parte de su expiación. Rosita, de veintitrés años asistía al área geriátrica de la residencia alternando con Amanda lunes, miércoles y viernes de una semana o martes, jueves y sábado de la otra. Los domingos las enfermeras y chicas de compañía tenían día libre. Ese era el día en que Genoveva debería recibir visitas. Eso le dijeron a su hijo cuando

vino a internarla. Pagó un año por adelantado y un seguro de vida en caso de que se presentara alguna emergencia.

Han transcurrido nueve meses y su hijo no ha vuelto. Una joven artista es quien la acompaña al comedor con motivo de las reuniones con los otros huéspedes para despacharse las historias de herencias en disputa, de hijos desagradecidos, de maridos que al morir destaparon secretos de otras familias y linajes no reconocidos. Genoveva no disfrutaba la compañía de los mayores, los asuntos tan íntimos la fatigaban, en cambio con Verónica Aranda podía enterarse de otros contenidos. Cómo por ejemplo de sus pinturas, de sus colecciones, de las cuadrillas de jóvenes en situación vulnerable que ella dirige e instruye para dar un toque de color a las bardas de las colonias periféricas de su ciudad, que cada vez recibe gente de diferentes partes del mundo. Estos chicos, guiados por Verónica Aranda se han encargado de hacer pintas identitarias que marcan los territorios de las tribus urbanas.

Hoy es martes, esta semana le tocaba el turno a Rosita, callada. Con trabajo le sacaría un par de frases y si tenía suerte una sonrisa. Rosita sabía canalizarla mejor que Amanda, le inyectaba los antiinflamatorios y la intubaba con mejor precisión al hacerle la diálisis, pero de mundo, de tradiciones y de respeto a los mayores, no tenía la menor idea. A

Genoveva Lyz le molestaba la irreverencia con que se dirigía a ella, le llamaba por su nombre en lugar de decirle señora, le hablaba utilizando el pronombre informal.

¿Dónde había quedado el respeto? ¿Qué tan difícil podría ser el hecho de llamarla de usted? La brecha generacional era tan grande que la chica era incapaz de advertirla.

No tenía ni una hora de estar conectada a la máquina de la diálisis cuando apareció Verónica con un bastidor y un crayón en mano. Genoveva trató de disimular el dolor por el que estaba pasando y le saludó con lo que ella pretendía una sonrisa. La chica adivinó la intención, aunque lo que vio fue una mueca.

—¿Qué haces aquí, no deberías estar en la academia?

—De allá vengo, tía, es que tuve ganas de visitarla para que me inspire mi próximo cuadro...

—¡Ay, hija!, no podría inspirar ni a Frida Kahlo.

—Tía, ¿me da permiso de sacar su cajita con las fotos que nunca me ha dejado ver? Estoy segura que en ellas voy a encontrar lo que estoy buscando—. Salió de la habitación de Genoveva Lyz para aguardar que finalizara el tratamiento. Se fue a la sala de espera, donde había más ruido de lo habitual.

Genoveva por años guardó las fotos, temerosa de que al abrirla se descubriera la penosa situación de su vida.

Las fotos que Verónica Aranda encontró no eran ni por asomo las fotos que ella esperaba: gente en pose ridícula, besos furtivos, compañeros distantes. El marido del que Genoveva nunca habla, las fotos de sus hijos en calzones, desnudos, haciendo muecas. No, esto era otra cosa.

Eran imágenes de un circo antiguo. Un hombre con la espalda contrahecha que le disminuía la estatura. Otra mostraba a una mujer modelando un vestido entallado hecho de raso y tul. La cintura de la chica era breve y delicada, su busto parecía de una bailarina de ballet. ¡Ah! esa mirada centelleante, que a pesar de la impresión opaca, se adivinaba clara, aunque el rostro era extraño. Una de sus mejillas le llegaba al centro del pecho, daba la impresión que se estaba derritiendo. Era difícil precisar si la foto estaba mal enfocada o quizá la chica tenía alguna deformación. Una tercera foto mostraba un payaso con grandes zancos y una nariz de color indefinido. Era lo malo de las fotos en sepia. Traía puesta una peluca larga y desbaratada, para completar el ajuar un saco a cuadros. Esta otra era una fotografía muy bella. Al centro Genoveva con su toga y birrete, decía High School Prom 1962. El hombre que la abrazaba era el mismo que en la otra foto exhibía su corcova. La juventud evidente de Genoveva le restaba tamaño, pero su sonrisa lo delataba, se veía dichoso. La tercera persona en la foto, del lado derecho de la chi-

ca, era una mujer que también la abrazaba. Algo en sus proporciones físicas se veía curioso. Sus brazos eran excesivos comparados con el resto del cuerpo y de la cara. El rostro de la mujer era bello, con ojos grandes y expresión triste. Su busto, talle, caderas eran de tamaño estándar, pero los brazos no, y no es que fueran musculosos, solo que no correspondían con el resto del cuerpo. De pronto advirtió que las pantorrillas de la mujer también eran grandes. Vestía un conjunto de blusa y falda, imposible disimular el tamaño de sus muslos, pero sus pantorrillas también parecían fuera de lugar. No quiso importunar a Genoveva con preguntas, aunque quiso respuestas, dio vuelta a la foto como buscando una fecha y encontró: “Para ti, Beba, en este día en que nos haces los padres más orgullosos del mundo”.

Verónica no dudaba que esta era la mejor fotografía en la que ella podría inspirarse para retratar a Genoveva Lyz, pero le invadió un pensamiento egoísta, ¿y si la gente que vea la foto cree que yo no sé dibujar brazos y piernas? ¿Quién podría creer que los padres de la señora Lyz eran personajes del circo, y no precisamente los malabaristas o los trapeceistas, sino que eran los seres raros, eran los hombres y mujeres que formaban el museo de lo fantástico. No quería retratar solamente a su amiga. Se sintió un tanto frustrada.

No quiso volver a la habitación, salió del hospital sin despedirse, llevaba consigo la caja de fotografías. Tenía muchas ganas de seguir hurgando en esa historia y estaba segura que lograría encontrar la imagen perfecta con el tema adecuado para su exposición. A partir de ahora solo contaba con cuatro meses para decidir las obras a mostrar.

Conectada a la máquina de la diálisis, Genoveva Lyz no quería pensar, pero no podía escapar a su pasado. Ella nunca notó que sus padres estaban deformes, nunca. Una maestra iba a su carpa para darle lecciones de matemáticas, la enseñó a leer y a imaginarse el mundo fuera del circo. A la niña le gustaba disfrutar las historias que la señorita Edna le contaba. En sus relatos siempre había seres fantásticos llenos de color y de luz, gente con barba y grandes cuerpos, con jorobas y pies con uñas largas, orejas puntiagudas y bocas con tres dientes o nariz de gancho. Genoveva creía que ella era un hada y que sus padres habían provocado que de ellos se escribieran todos los cuentos, sus aventuras de antes que ella naciera.

Fue un día que la señorita Edna la llevó a un centro comercial que Genoveva Lyz vio que la gente común no era como la gente con la que ella convivía diariamente. Chicas y chicos corriendo erguidos, con pies y manos uniformes, con caras y cuellos delineados. Por primera vez se cuestionó sobre lo

que podría significar ser diferente. A partir de ese momento estuvo atenta a la gente que iba al circo. Pronto se sintió triste por la forma en que llamaban a algunos de sus amigos. La gente les llamaba monstruos, fenómenos, engendros. ¿Qué es un engendro? No se atrevía a preguntarles.

Una vez, su mamá le contó de cuando comenzaron a crecerle los brazos y las pantorrillas. Eran las vacaciones de verano del paso de segundo a tercer año de primaria, tendría entonces siete u ocho años. Estaba jugando en el parque con sus amigos, corrían para ver quién la trae y de pronto ella sintió que no podía mover las piernas. Fueron a pegarle las traes entre todos, pero ella seguía sin poder moverse. Sus piernas se habían paralizado. Su papá tuvo que venir por ella y llevarla cargada. Los niños creían que era un truco para no jugar y no ser la que la pegaba, desde ese día ella no volvió a salir de casa. Fueron meses encerrada por los dolores que no controlaba. En esos años no tenían servicio médico y atenderla significaba muchos gastos. Así que el diagnóstico tardó varios meses y para cuando lo pudieron precisar, no había remedio, le llamaban distrofia muscular. Pronto terminaría con los músculos de todo el cuerpo desordenados. Le auguraban meses de encierro, tristeza y sufrimiento. Sus padres no querían que la gente la viera con esas anormalidades, pero Azucena deseaba ser feliz, casarse, tener hijos.

Se matriculó en un instituto comercial localizado justo enfrente de la escuela de ingenieros. Su deseo era ser contadora, para estar detrás de un escritorio y que su talento con los números importara más que su apariencia. No tardó en encontrar novio y comenzó una relación. Era muy hábil para disimular sus brazos, también le ayudó mucho que los pantalones holgados estuvieran de moda ese año. Pasaron pocos meses en los que sus brazos y piernas no detuvieron su desarrollo, no importaba que la chica se la pasaba a dieta, casi no comía y era muy cuidadosa para mantenerse en un peso razonable.

Una tarde de verano, con motivo de la celebración de su primer año de novios, Santiago le regaló a Azucena un lindo vestido de gasa en color rosado y con un delicado estampado de flores. Cuando llegó a su casa, Azucena se lo midió frente a su espejo y lloró toda la noche. El vestido estilo halter era bellísimo, se ceñía a su cintura y caía graciosamente por sus caderas. Caminaba y el vestido creaba ondas con el movimiento, aunque evidenciaba mucho más sus brazos. Su madre le dijo que debía usarlo para su próxima salida el fin de semana, de esa manera estaría correspondiendo al detalle del obsequio. Azucena no estaba segura, pero no se atrevió a contradecirla.

Después de ese fin de semana, el novio simplemente desapareció de la vida de Azucena. No hubo

llamadas ni invitaciones ni explicaciones. Azucena desertó de la academia comercial y se unió a un circo. Encontró refugio en Pedro, el hombre de las mil posiciones. Fuera de su espalda mal amoldada, Pedro tenía unos grandes ojos que se fijaban en los propios al momento de estar dialogando, nadie como él brindaba la confianza que Azucena necesitaba, ahora que no podía volver al mundo de la gente común.

El padre de Genoveva había nacido en mal momento. El doctor no lo sostuvo bien al recibirlo, se le resbaló y no pudieron acomodarlo. Su frágil esqueleto se dañó para siempre. La madre lo quería igual, pero su papá los abandonó. No quiso cargar con un fenómeno.

Verónica estaba completamente conmovida con esta historia, sin embargo no sabía qué imagen enaltecer en el cuadro que quería regalarle a Genoveva, para que le sirviera de escape en esa habitación tan sombría.

Genoveva salió del mundo del espectáculo cuando tenía 18 años, con la excusa de estudiar se alejó mucho tiempo de sus orígenes circenses. No quería que la gente la minimizara como muchas veces había sucedido en la preparatoria. Algunos la veían con pena y otros compañeros simplemente la ignoraban. Al ir creciendo y enterándose de su realidad se le complicaron las cosas. Cuando cumplió

19 años conoció a Sebastián Gámez, un joven que siempre la ayudaba con las clases de cálculo. Salir de la pista y estudiar contabilidad no fue tarea sencilla, pero lo fue logrando. Al terminar sus estudios recibió certificado y anillo de compromiso en la misma ceremonia. Se casó y comenzó su propia familia.

Nacieron dos hijos y el tercero nació pequeño, no se desarrolló de acuerdo a las tablas de pesos y medidas que el médico tenía. Al indagar por antecedentes familiares, Genoveva consultó en privado distintos fisioterapeutas para preguntar si la deformación de su madre podría heredarse. No quiso hablar con Sebastián de los detalles, ella siempre se mostró como huérfana, no podía presentarse con un padre contrahecho y una madre con músculos atrofiados, quien para ese entonces ya había fallecido a causa de un anticipado infarto. A su padre, cuando el circo estaba en la ciudad, lo visitaba los domingos que pretendía salir con las amigas a misa. Sebastián Gámez no llegó a conocer los pormenores de los orígenes de su amada esposa, pero igualmente salió de su vida cuando se le atravesó una joven secretaria con cabello largo.

Genoveva se las arregló para mantener a sus tres hijos con el sueldo de una contadora que sabía ajustar cuentas para que siempre le quedara algo para ella y su familia. Los hijos crecieron y fueron haciendo sus vidas, el más pequeño se sentía orgu-

lloso de ser diferente. Ser enanito le proporcionaba una alegría inconfesable. Fue hasta el momento en que nació la primera hija de su hijo mayor cuando Genoveva les reveló los detalles de los abuelos. Salvo Quique, el menor, los hijos decidieron no volver a hablar con ella. Después de años de silencio, Sebastián junior vino a instalarla a la residencia para poder disponer de la casa familiar a sus anchas.

Quique la visitaba los miércoles en los que Amanda la cuidaba. Le gustaba gastarle bromas y conversar un poco con su madre y con ella. Amanda era amante de los gatos y siempre le platicaba historias de sus mininos. A Quique le daba igual el tema, pero por escuchar su voz y ver su sonrisa hubiera soportado hablar de historia si hiciera falta. Para Genoveva Lyz estar con su hijo Quique y Amanda era un pasaporte al circo. Ella veía en Quique todos sus recuerdos de la infancia y de la juventud. Revivía en los grandes ojos de su hijo las conversaciones con su padre, quien siempre tenía una frase, un refrán o un consejo por lo mucho que leía sobre filosofía. Años después reconoció que su padre era un hombre muy fuerte y muy sabio.

Se enteró que la hija mayor de Sebastián también era de talla pequeña y que Dante se hizo la vasectomía para no heredar más gente rara a este mundo. La casa que con tanto esfuerzo construyó al quedarse sola al cuidado de sus tres hijos se vendió esta sema-

na por una suma considerable que Sebastián ayudado por un notario falto de escrúpulos dispuso dividir entre los tres hermanos. A Genoveva no la incluyeron en la repartición de bienes.

Quique se lo contó con mucho pesar y estaba dispuesto a cederle su parte, pero Genoveva Lyz tenía la certeza de que no era necesario, su salud no le permitiría disfrutarlo, además que no era justo que solo un hijo renunciara a su legado por la avaricia de los otros dos. No quiso contradecir a su hijo, simplemente le dijo que en otro momento llamaría al notario y fue procrastinando el encuentro.

Verónica sonrió al ver la foto de Genoveva Lyz más joven con sus tres hijos en edades entre los 8 y los 15 años. Quique se veía hermoso siendo el más pequeño y el más sonriente. Esa fue la foto que decidió pintar. Además el tema del circo le pareció estupendo para resaltar algunos detalles dentro de su exposición.

Tres semanas después de su último encuentro, Verónica regresó con la caja de las fotos y una pintura que decidió colgar en la pared junto a la ventana, aquella que Genoveva Lyz veía al momento de despertarse.

En ese retrato se destacaban los colores vivos de los globos que Quique sostenía con una mano, mientras que con la otra cargaba un gatito. Sebastián y Dante permanecían de espaldas mientras Genoveva

de perfil, se inclinaba para darle un beso a Quique. De su espalda afloraban unas hermosas alas de mariposa que igualmente podrían ser de hada o de un dragón.

Verónica Aranda ganó un gran premio con esa pintura. Varios museos la solicitaron para exponerla, sin embargo, Verónica Aranda era la única persona que podía disponer de ella y decidió dejarla en el asilo mientras Genoveva Lyz continuara en él.

Dicen que esta silueta alada ronda los pasillos del asilo la noche en que alguno de los huéspedes se despiden para siempre de este plano.

OLLA MOLERA

MARIANELA FIESCO

Mi olla molera se quebró y supe que mi Jacinto se me iba a morir. Me levanté temprano para hacerle su mole a mi viejo, pero me faltaban los cacahuates, entre tanta cosa que lleva el mole, se me re-
pasó comprarlo. Así que me bajé al mercado. Ya'stando ahí compré otras cosas pa'l mole de mi viejo; que su mezcal, su aguardiente, más bolillo, tantita jamaica, hasta un mantel para la mesa compré, pa' que se viera arreglado y mi viejo estuviera feliz.

Después me regresé a la casa, saqué las cosas de mi bolsa del mandado y empecé a juntarlas todas sobre la mesa de madera en la cocina. Habrían sido como las ocho de la mañana porque el piar de los pollos del vecino de junto ya se escuchaba en la casa y el olor a café comenzaba a salir por las ventanas. “Le tocó buen día para cumpleaños a mi viejo, domingo pa’ poder levantarse tarde”, pensaba mientras metía el pollo en la cazuela con agua, junto con media cebolla y un diente de ajo.

Pasó un rato y mi viejo no se levantaba, ya había terminado de asar las tortillas y el bolillo. El pollo estaba cocido, según yo, ya hasta olía rico y mi viejo no se levantaba; me puse nerviosa. De repente, en todo el cuerpo se me metió el miedo, mi piel sintió un recorrer frío, la parte baja de mi espalda se tensó y, en mi pecho, se arremolinaron todas mis ganas de llorar; pero me calmé y mejor me puse a moler.

Mientras molía, recordé que mi viejo me había dicho algo del compadre Ignacio, seguro que se había ido con él antes de que yo llegara del mercado, porque si es para la bebedera no conocen de horas; pero era el cumpleaños de mi viejo, de mi viejito, de mi Jacinto, estaba contento de cumplir otro año y ni modo que me enojara porque ya se había ido a festejar. Además, así estaba mejor, así no tendría que darle de almorzar, ni él tendría tiempo de enojarse con-

migo por el mantel que compré, así no tendríamos que pelear otra vez, ni tendría que luchar por quitar sus manos de mí. Así estaba mejor.

La leña crujía, el fuego estaba listo, el aroma a chiles reinaba en la casa, la manteca esperaba por ser puesta, pero la olla molera que había ocupado en la noche nomás no aparecía. La busqué dentro de la cocina, debajo de la mesa, en los trastes sucios y limpios, nada. Me asomé afuera en el lavadero, tampoco estaba; busqué por todos lados de la casa y, cuando mi mirada llegó a la entrada del cuarto, de golpe, todo el miedo del mundo se guardó dentro de mí. Me quedé tiesa, fría, fría; por más que intentaba, no podía llegar a la cortina del cuarto para saber si otra vez me estaba enloqueciendo, como decía mi viejo.

El único sonido que alcanzaba a distinguir eran los quejidos de la leña que ardía con la misma intensidad con la que mi corazón palpitaba, igual que durante la noche anterior, cuando mi Jacinto llegó a la casa después de estar con el compadre Ignacio, quería que le diera de cenar, pero yo nomás quería dormir, ya era tarde y me tenía que levantar temprano por unos cacahuates que se me había olvidado comprar; pero no le gustó que le contestara, menos, que no me dejara pegar.

Me sacó del cuarto de las greñas y me arrastró a la cocina, gritó que le sirviera y aprovechó mi cuerpo en el piso para darme una patada en las costi-

llas. Como pude, me levanté y puse a preparar arroz, mientras trataba de llorar bajito, mi viejo se metió al cuarto para cambiarse.

Pasó el tiempo y no salía, “segurito se quedó dormido, descansando, por eso no ha salido a pegarme aunque siga llorando”, pensaba mientras buscaba dos trapos.

Con el calor del recuerdo y de la cocina, se me había soltado el cuerpo, por fin, pude llegar a la cortina del cuarto. Al abrirla, encontré a mi Jacinto, seguía dormido mi viejo, nomás que bañado en sangre, trozos de barro y arroz crudo; también encontré mi olla, estaba sobre mi Jacinto, nomás que estaba toda quebrada igual que la cabeza de mi viejo.

HURONA

LAURI GARCÍA DUEÑAS

Hace algunos años, empecé a tener la idea de que yo había sido una hurona. La sospecha iba en aumento y se sostenía en presentimientos animales.

 Mi olor imparable provocaba que gatos y perros amenazaran con lanzarse en mi contra. Mi condición de mascota vulnerable, tierna, gentil y exótica me subraya.

Mi especie carnívora fue entrenada para cazar conejos, pero he terminado comiendo croquetas para gato.

Siento el dolor de la degradación moral de los humanos antiespecistas que fetichizaron mi ser salvaje.

Mi singularidad animal ha devenido en la celebración de una supuesta naturaleza tierna y ridícula.

A una de mis dueñas, los gatos y perros también la atacan como venganza por retener mi olor. Estoy enferma desde mi nacimiento. Los veterinarios pronosticaron mi muerte temprana pero no pretendo despedirme pronto de La Tierra. El cáncer me trepana.

Tengo dos amas por las que me aferro a la vida, a pesar de la descomposición progresiva de mis órganos.

Su forma de cuidarme y la forma en que se nutren de mi ternura ridícula a veces me colma, pero nadie es capaz de subsistir en una casa como adorno si se le oblitera su sustancia animal.

He dado y donado mi leche y abrazado a mis crías, fui cruzada por un golpe del azar con un hurón cejijunto y huraño. Pero yo siempre he querido escapar de la casa de nuestros amos y él no.

No he recibido golpes con palos, pero sí he sufrido la crueldad de las palabras o el ardor del silencio que, autoritario, a veces, colma mis días.

No me siento escindida, pero he perdido la agilidad de los cachorros. Me aferro a la comida como a una tabla en el agua para no hundirme en la rutina de ser una hurona que amamanta y cría. Busco en el alimento la fuerza que le falta a mi espalda y a mis piernas.

A veces, salgo de noche para torear el vacío de mi rutina. Pero el vacío crece y me apelmaza. Me siento en falta, la culpa me aterroriza y me pregunto si en otra casa, con otros amos, yo sentiría la misma angustia. O si, abandono lo que se espera de mí (ser una mascota dócil y tierna) y vuelvo a cazar conejos, todo en mi vida se resuelva.

II

Escapé.

PROPUESTA DE INSTALACIÓN DE ARTE MULTIMEDIA SOBRE LA PANDEMIA

DANIEL SALAZÁR RAMOS

*Glen: You're a terrible liar for a faggot.
Weekend*

–Ya está grabando, comencemos. Esto es para un proyecto que estoy haciendo: grabo a diversas personas sobre cómo han sido afectadas por el COVID-19; el COVID, la COVID, jaja, como sea. En fin, ¿qué es lo que más extrañas hacer de antes de la cuarentena?

–Creo que irme de fiesta con las amigas. Irme de fiesta con las amigas, acabar hasta el huevo de borracha y terminar quizá abrazada de alguien bailando una rola que hable sobre encontrar el amor en lugares oscuros. Ahora, es una fantasía recóndita y honesta. Sin temor a parecer frívola: salir de la casa a buscar la proximidad de otros cuerpos. Al fin y al cabo, eso es lo que tenemos prohibido ahora, ¿no? El otro día el pendejo de mi hermano me dijo que esto del COVID era como la pandemia del SIDA en los ochenta. Yo me solté a reír. “Infórmate, mamacita”, le dije y se volteó emputado. ¿Por qué siempre nos achacan a nosotras los males del mundo? ¿Qué chingados tenemos que ver con un probable caldo de murciélago en un mercado de la ciudad de Wuhan?

Por cierto, soñé con China, con ciudades de millones de habitantes y rascacielos furibundos y de leopardos blancos... Lamento las digresiones, esto del COVID nos tiene con los sueños esparcidos por las recámaras. Pero, decía yo, la música, las luces, aturdiditas todas por el ruido y la bebida, la vocación

de ser un cuerpo más en medio de la multitud. Salir con las amigas, eso. Y besarse a desconocidos con sabor a tequila barato porque, la neta, todas perseguimos al unicornio azul en la espesura, y quizá despiertes abrazada de alguien a la mañana siguiente a tres camiones de tu casa, o quizá no, en casa de tu amiga o en el sofá de tus padres, porque aún no te pagan lo mínimo indispensable para vivir dignamente por tu cuenta. Y si amaneces, con la garganta irritada y derrotado el resto de tu cuerpo desnudo, junto a otro, otro cuerpo que bailó junto al tuyo y bebió y celebró que las dos habían roto la cuarentena y se conocieron en la pista de baile en el lugar más improbable para un sol sostenido y los vuelos transatlánticos, aunque fuera tan sólo la ilusión de una noche en Miami, ¿dirás que habrá valido la pena correr el riesgo de enfermarse, contagiar a tus familiares si los tienes? Porque aunque pesquemos en todo esto, en el fondo de la posa, como encontrando el trozo de arsénico que envenenó el abrevadero, resabios de lo que el mundo heterosexual ha hecho con nosotras; aunque sepamos que estas canciones sobre el amor en lugares oscuros son sólo eso (resabios y canciones), hemos bebido demasiados años del abrevadero y sus residuos se han asentado como peces rabiosos muy adentro y cantamos esas canciones como mantras deslavados. Porque en el fondo lo creemos.

Buena suerte sería que quedaran de verse la siguiente semana, después del desayuno, y se percataran de que les gustan las mismas cosas, porque así seguirían caminando por las calles de su ciudad hablando de la buena suerte y otros asuntos sin importancia, pues has decidido que esa noche se ha trazado una línea resuelta y estás dispuesta a seguirla aunque presientas un callejón sin salida después de tres paseos dominicales soleados. Lo verdaderamente importante sería nadar hasta el fondo de las cosas y arrancar esos peces incubados o vomitarlos, porque aquí ninguna se salva: todas bebimos de la misma agua puerca y limpiarse toma su tiempo. Entonces habría que trazar otras rutas, caminar hacia otros lares. Pero pienso: ¿qué daño hay en querer en salir y enfiestarse con las amigas? ¿Sentir al final de la noche la gravedad, el peso de otro cuerpo, la ligera opresión de otro cuerpo sobre el propio o la propia? Un líquido desplazándose entre los genitales como una corteza recubriéndose de sabia sobre un colchón ignoto. Al final del día, dos cuerpos con los mismos genitales, resbalándose o no, curándose o no, sigue siendo un grito alzado al cielo (la revolución, dirían otras), las ganas de reventarlo todo para existir como queremos, cuantos colores queramos, artefactos o afectos, con todas las pancartas necesarias. Eso también sigue siendo revolucionario... antes que muchas cosas, aprendemos la resistencia y

el jolgorio. O bien podría ser también nada de esto y que sólo salieras a bailar con las amigas a disolver el miedo y las ganas de ser únicamente un cuerpo entre los otros. Aunque cojas o no cojas, porque hasta eso nos hemos estado guardando, y ha sido tremendamente difícil. Después de todo, es lo que hemos vivido desde siempre. Desde siempre hemos querido abandonar el encierro y ser nosotras.

Porque una es la que es, sobre todo, cuando combate, y eso lo llevamos en la médula: las batallas ancladas en la cadera, este gemir a solas en lo oscuro. Por eso, porque una en la pelvis lleva el meneo y la furia, sobre todo cuando está frente a otro. O debajo de él. O a su lado, con los dedos entrelazados u otros miembros, que siguen encontrándose por esa línea previamente resuelta, que es cada vez más escurridiza y fragmentaria. Porque nos gusta pensar en la curvatura de las cosas planas, en lo que no reside en esta tierra, en la posibilidad del amor en tiempos de pandemia, de clausura y muerte. Sin embargo, eso del amor son los espejos, superficie de plata por romperse, una imagen especular de una mano que se cierra sobre sí misma. Y me habría percatado, quizá entonces, con otro retrato desenfocado más de un amante que no fue, que se quedó hasta que fue imposible quedarse más, después de los gritos y los espejos rotos y la brutalidad que siempre implica el otro y su diferencia, su poder, después de mirar

el abismo que se tendía bajo la cama cuando cogíamos hasta soltarnos a llorar, que esta soledad no la deslava la ternura y que toda fruta madura para después podrirse. Quizá es eso lo que buscamos: sólo la posibilidad de la ternura en esta tierra. Entre tanta soledad conmigo misma. Salir con las amigas, por lo menos, la borraría un rato. Con tragos o no, porque los tragos ya no bastan...

Que ahora que lo pienso, creo que lo que más extraño de antes de la pandemia es no andar pensando en estas cosas.

ONOMATOPEYA DEL DESEO

ISRAEL G. CASTRO

Para Ricardo Rivas

I

Un domingo cualquiera, la noche te sorprende frente a la computadora. Necesitas concluir el artículo que medio trabajaste toda la semana. El problema es que no logras pasar de los primeros párrafos y debes entregarlo el martes. La angustia que produce la falta de ideas se asoma a tus adentros, inicia como un hormigueo

en la punta de los dedos y termina condensándose en el centro de tu pecho.

Abandonas la computadora y enciendes el televisor, sólo encuentras películas que no te interesan, resúmenes deportivos y programas familiares que amenazan con dejarte más idiota de lo que te sientes. Apagas el aparato.

Minutos después deslizas el dedo índice por la pantalla del teléfono celular: revisas tus redes sociales, das algún “me gusta”, no haces ningún comentario. Avientas el teléfono a la mesa de centro: te aburres. Vas al viejo librero y tomas un libro que intentas leer, pero Hanif Kureishi te batea hasta las gradas del analfabetismo funcional. Te resignas a no hacer nada.

II

Son las ocho de la noche con cuarenta y siete minutos. Ella no está en casa. No crees en el destino, por eso consideras casualidad que la colindancia de los departamentos que habitan los obligue a compartir el muro de las recámaras con sus respectivas ventanas apenas separadas por escasos cincuenta centímetros. Sí, en un rato de ocio mediste la distancia exacta. Te gustaría saber dónde anda a esta hora, ella, tu vecina.

III

Fumas y el presentimiento de la muerte merodea tu cabeza. Imaginas que en cualquier momento un infarto fulminante puede reventarte el corazón, como reventó el de tu abuelo un jueves por la tarde, ¿o era viernes? No lo recuerdas. El punto es que puedes morir en este preciso instante y nadie te auxiliaría. Ves como el dolor te obliga a poner las manos sobre tu pecho mientras boqueas desesperado, con los ojos desorbitados por el pánico. El cigarro cae al suelo, la vida y el cigarro se apagan al mismo tiempo, en una imagen delirante e irónica que nadie contempla. Con el paso de los días, el aroma putrefacto de la muerte llamará la atención de los vecinos y el portero del edificio se verá obligado a forzar la puerta del departamento. Entre el morbo y el espanto encontrarán tu cuerpo sin vida. Nadie le da importancia a la colilla de cigarro. Nadie.

IV

Te recuestas en la cama sin encender la luz de la recámara, con la mente en blanco. De pronto la escuchas. Oyes su risa y la voz de su... ¿novio?, ¿amante? No sabes qué es de ella.

Escuchas el ruido del excusado y después el sonido del agua cayendo de la regadera. Cierras los ojos concentrando tu imaginación en una fantasía absurda, porque la vecina no te agrada, ni te atrae físicamente. Pero el sonido de su voz cruzando las paredes te despierta el deseo sexual. No abres los ojos.

V

Luego todo es silencio. En la comodidad de tu cama piensas que las noches son menos aburridas cuando las cosas te hablan. Disfrutas lo que la estufa te cuenta de su relación con el fuego. La eterna disertación del refrigerador sobre la importancia de mantener las cosas muertas en buen estado hasta que, indudablemente, se echan a perder. Los reclamos de la cama por el maltrato que los retozos con tu novia le infringen a su marido el colchón, lo bien que le cae al espejo la fingida pasión de esa mujer que a cambio de dinero te ameniza algunas noches. La tristeza que padece el retrete cuando la ebriedad te obliga a confesar tus frustraciones mientras lo abrazas para devolver el exceso de alcohol. Te gusta que las cosas hablen, pero esta noche se mantienen en un ostracismo inútil, como el tuyo.

VI

Son las once de la noche cuando te levantas de la cama y abres la ventana. A los pocos minutos, ella apaga la luz de su recámara y todo queda en penumbra. Reafirmas que las paredes del edificio no son lo suficientemente gruesas para contener sus gritos de placer, los gemidos que le arranca el goce sexual, las palabras que le grita al afortunado con el que coge. Totalmente excitado, te levantas de la cama y cierras los ojos, imaginas que eres el feliz destinatario de su lujuria. Cuando ella grita su orgasmo tiembles empapado de sudor.

VII

Vuelves a la cama. Intentas dormir, pero es inútil. La madrugada se te escurre entre cavilaciones absurdas que giran alrededor de una mujer que apenas y saluda cuando se encuentran en la escalera. Es la historia de cada domingo, día que la visita su... ¿amante?, ¿novio? Ahora no importa la definición, simplemente es el güey con el que coge y provoca que todos los lunes llegues tarde y con sueño al trabajo. La mujer no te gusta y si no escucharas sus proezas sexuales seguramente no la desearías.

VIII

Dormitas pensando que el deseo puede ser la puerta del amor. Un dolor tenue se apodera de tu pecho, te obliga a levantarte, pero resulta inútil. Un grito se te atora en la garganta: es el infarto que llega sin avisar. Despiertas víctima de una pesadilla, empapado de sudor y con el espanto en los ojos. Ves la hora en tu despertador: son la cuatro de la madrugada con nueve minutos. La vecina grita de placer, otra vez. La soledad no se puede sobrellevar los domingos por la noche ni los lunes por la madrugada.

IX

Llegas tarde y desvelado al trabajo, caminas deprisa, acompañado del termo con café. En la recepción del edificio donde laboras, la vecina te sale al paso, se saludan, te pregunta dónde está la oficina de recursos humanos. “Vengo a una entrevista de trabajo”, comenta observándote desde el fondo de sus lentes. Sonríes con desgana y le indicas el camino. Pese a su esmerado arreglo confirmas que no te agrada, ni siquiera te atrae físicamente. Que pueda ser tu compañera de trabajo sería una desagradable casualidad.

X

No sabes por qué, pero decides invitarla a salir. Desde tu lugar observas la oficina de recursos humanos. Esperas a que salga de su entrevista, la abor das, le propones ir al cine, tal vez a compartir una taza de café. Ella declina tu invitación, dice tajante que no acostumbra a salir con gente del trabajo y menos con sus vecinos, que le fue bien en la entrevista y no quiere iniciar con el pie izquierdo... otra vez.

Resignado, la ves alejarse, en tu interior suenan los gemidos de cada domingo por la noche, las palabras que grita cuando el trance del orgasmo resuena

en tu habitación, como el eco distante de la onomatopeya del deseo. Vuelves al trabajo.

XI

Domingo al medio día. Te preparas para ir al cine con tu novia, pasar a cenar, vagar un rato y volver solo al departamento, resignado a escuchar las proezas sexuales de tu vecina y su... ¿novio?, ¿amante?

Tratas de ignorar el pensamiento, sin embargo, deseas acostarte con ella para ver si logras lo mismo que su... ¿amante?, ¿novio?, ¿por qué sólo la visita

los domingos por la noche? El timbre del departamento suena, sonríes pensando que tu chica llegó mucho antes. Abres la puerta y descubres a la vecina, sus ojos bizcos te observan detrás de sus lentes de fondo de botella, de cerca y sin maquillaje notas su rostro cacarizo. Con una molesta voz chillona te dice: “No me aceptaron en el trabajo. ¿La invitación sigue en pie?”.

Recuerdas sus gemidos, los gritos que le arranca el placer, las obscenidades que grita. Te parece desagradable, poco agradada, no te gusta y sin embargo, respondes sonriendo: “Claro, ¿a dónde quieres ir?”.

XII

Los optimistas le llaman destino, los pesimistas, suerte. Para ti, es un deseo cumplido, tal vez el inicio de otra debacle.

LA MARIONETA

LEOPOLDO LEZEMA

Le gustaba que le tocara la pierna, que la fuera acariciando disimuladamente, y mientras mi mano subía por su muslo, me miraba sin recelo, como si hubiera sido recorrida ya muchas veces. Su pulso inalterable, su actitud pasiva en una situación en que cualquier otra hubiera salido corriendo, hacían creer que tenía más de doce años.

Estudiábamos en una secundaria de gobierno, de esas en que la humillación y las riñas eran cosa de todos los días.

Y aunque algunos ya fumaban, en rigor seguíamos siendo niños. El treinta de abril se hacían kermeses donde los enamorados no perdían la oportunidad para casarse, formalizando así el primer símbolo de su anticipada adultez. No obstante, muchos veían las caricaturas, y otros aún guardaban juguetes en lo más profundo de sus mochilas.

Como de costumbre, los niños íbamos de pantalón y suéter verde, y también las “mujercitas”, como les decían los profesores. Sólo que ellas, en vez de pantalones, llevaban faldas. Entre los hombres y las mujeres se había levantado un incendio que nos consumía por entero. Al fanatismo por el básquetbol se sumaban las faldas cortas, los pechos pronunciados. Y esto era reciente, hacía cosa de unos meses.

Aquellos que hayan entrado ese año a la escuela secundaria diurna “Alexander Von Humboldt” se acordarán de Gloria. No recuerdo su apellido, pero debe ser Albino o Álvarez, porque era la segunda de la primera fila, y nos sentaban según el orden del apellido. Yo me llamo Miguel Carmona, y el destino quiso que me sentara a un lado de Gloria y que viviéramos por el mismo rumbo. Y decía que los alumnos de aquel primer grado de secundaria la recordarán perfectamente, porque Gloria no necesitaba entallar su falda para que todos se dieran cuenta de que sus caderas eran las más anchas, y sus piernas

las más torneadas del colegio. Aunque los machos incipientes fantaseaban con pasar el recreo con la compañera del salón v-14 (la v refería al turno vespertino), era a mí a quien dirigía su mirada violenta.

Ella no era precisamente bonita, como entendemos que son las muchachas de rostros hermosos y carácter alegre. Gloria no era así, tenía ojos oscuros y rasgados, como de felino, nariz un poco ancha, labios gruesos, cabello lacio y negro un poco por debajo del oído, y su sonrisa era un misterio: entornaba los ojos y curvaba los labios, entonces no se sabía si escrutaba o se burlaba. En cualquier caso no quedaba más que asentir. Por otra parte, las muchachas bonitas hablaban demasiado, querían ser el centro de atención. Y aunque Gloria no era callada, tampoco intervenía mucho en las conversaciones. Hablaba cuando quería hablar y no se preocupaba por los demás. Y entre lo poco que platicaba, había cosas que no podían tocarse, como su familia y el amor. Cosa rara, porque de eso hablaba todo el mundo: si a fulana le gustaba el Tabo con todo y mugre, o si la preciosa María Elena de segundo grado al fin caería en los embustes de Mauricio Fernández, que todo mundo sabía que fumaba mariguana en los baños a la hora del receso. “Mira primo”, me decía Fernández, alto, engominado, y aunque yo jamás hubiera sido pariente de aquel asno, debo agradecer los con-

sejos que me dio una ocasión en que lo consulté sobre mujeres: “Mira primo, la cosa es muy sencilla; a ellas les gusta que te vean mayor, que las agarres la mano y les digas lo bellas que son, aunque estén medio bombochas. Escoges una, luego, cuando esté oscuro, te las llevas atrás del gimnasio. Ahí, le vas a acariciar el cabello, luego el rostro, los hombros... no pongas esa cara, Miguelón, a ellas les gusta eso. La acaricias. Luego te acercas lentamente, hasta que le plantas un beso. Un beso suave, delicado, no te atrabanques, porque te avientan. Un beso suave, y si ves que se deja, las vuelves a besar y le metes la lengua y recorres toda la boca, así, sin miedo, porque ella ya ha aceptado”. Y Mauricio Fernández besaba el aire como si en realidad hubiera una mujer. “Pero si tienes suerte, primo, le agarras una nalguita con toda la mano, y eso sí que es la gloria”.

La Gloria... y tardé tiempo en darme cuenta de que esa mirada algo quería decirme. Hasta que una noche me la encontré en la calle y me preguntó si ya me iba. Le dije que sí, y nos fuimos en el mismo camión. Sólo había un asiento vacío, así que le cedí el lugar. Ella no aceptó y casi me empujó para que yo lo ocupara. Nervioso, no pude evitar ojear sus piernas.

—Y tú Miguel, a qué te dedicas además de tocar la guitarra—, me dijo con voz firme.

—Pues yo quiero escribir, quiero hacer libros.

—¿Libros? ¿Qué libros?

—Sí, cuentos o novelas.

—¿Novelas? ¿De qué novelas?—, ella evidentemente jugaba con mi desconcierto.

—Voy a escribir una historia de amor. Una historia en que un chico es muy atormentado y conoce a una muchacha. Tú sabes.

—No, yo no sé de eso, casi no leo libros.

—¿Ah no?— y cuando pensé que ganaría terreno luciéndome con todas mis lecturas, ella sacó una carta grande.

—No, pero sí sé algunos juegos.

—¿Juegos?, pero tú nunca bajas al gimnasio, Gloria, siempre te haces la enferma.

—No, digamos que otros juegos.

Aunque no sabía nada de mensajes cifrados, era evidente el contenido de sus palabras. A pesar del sobresalto guardé la compostura. Pensé que acaso estaba ante algo que ni siquiera el pesado de Fernández había experimentado. Desde luego yo quise hacerme el mayor.

—Bueno, nada que yo no haya jugado, seguramente—. Con un movimiento certero de sus labios hizo evidente su compasión por mí.

—Mira, mi juego no es complicado.

—¿Y es de dos personas o más?

—Sí, me imagino que pueden ser más de dos, pero con dos basta.

Comencé a temblar, una emoción sin precedente me cimbró el cuerpo entero.

—¿Y cómo se juega?— pregunté, en el colmo de la ansiedad, para que ella me lo dijera de una buena vez. Pero prefirió alargar la tortura.

—Pues, primero tienes que aprender.

—Pues a lo mejor ya lo he jugado.

—No creo— y tomó mi mano y la puso en su rodilla. Entonces yo la fui subiendo hasta hurgar en su pierna, y a ella pareció gustarle.

No percibí cuando ella bajó del camión enfrente del fraccionamiento donde vivía. Esa noche por supuesto no pude dormir, me la imaginé en su cuarto, en ropa interior. Imaginé que yo estaba en la puerta y la veía recostada en su cama, su cuerpo desnudo expuesto en la oscuridad, y ella empezaba a tocarse las piernas, los pechos, y me llamaba. No pude más, prendí la luz y me puse a leer. Yo también me toqué, y poco después me quedé dormido. “Miguel, ven, acércate, es sólo un juego”. Y yo me acercaba, inclinaba mi cuerpo hacia la cama y le daba un beso.

Al otro día me perfumé y me peiné (cosa que ni en sueños). Puse el disco de Elvis Presley que mi papá escuchaba los domingos, y salí avasallante al ritmo de “Blue Suede Shoes”. La manada me preguntó quién era la afortunada. Pero Gloria, durante toda la tarde ni volteó a verme, sus ojos estaban per-

didos en la ventana. Miraba la pajarera que el conserje había puesto a un costado del gimnasio para las pocas aves que llegaban. Y parecía triste. En el recreo yo quise hablarle, ya no del juego sino simplemente de cómo se sentía. Ella había ido a refugiarse a una banca retirada del patio central. Cuando vio que me acercaba noté su incomodidad. Pensé en regresar, pero ella se recorrió en señal de que yo podía sentarme.

—¿Te pasa algo?

—No me siento bien, me duele la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—Si quieres a la salida nos vamos juntos.

Por la ventana del tercer piso se veía la planicie de la Ciudad de México. En la última hora, a las siete de la tarde, el cielo se descomponía en un anaranjado intenso y la ciudad se iluminaba con una extraña claridad por última vez en el día. Hacia la izquierda, casi recortada por el marco, se veía el Hotel de México (ahora World Trade Center), y en el centro resaltaban los altos edificios de la avenida Insurgentes. A la derecha, en lo que venía siendo el sur de la ciudad, alcanzaba a distinguirse la torre de rectoría de la Universidad Nacional, y más allá el gran cono de piedra del Estadio Azteca. Sonó el timbre de salida.

Como su papá trabajaba todo el día, en su casa no había nadie. Gloria no hablaba casi de sus padres. Apenas me había contado que el papá era abogado

y la mamá había muerto muy joven, cuando ella era niña. Entramos a la cocina. Ella me dio un vaso de agua y me examinó largamente en silencio. Recuerdo el esfuerzo que hice para sostenerme frente a aquellos ojos devastadores. Traté de acercarme, pero no pude. Ella se soltó el cabello y salió a la sala. Caminó hacia el fondo y subió unas escaleras. “Ven”, me dijo, y yo tuve temor. Recorrió un pasillo hasta la puerta de su cuarto. Yo la seguí y fui descubriendo un espejo al fondo, un mueble atiborrado de muñecos de felpa, su escritorio, un armario, su ropa tirada por el suelo, un cenicero lleno de colillas. En medio, recostada sobre la cama a oscuras —nunca encendió la luz—, ella estaba acostada, como desvanecida, con la cabeza de lado y la camisa suelta, las piernas colgando, mostrándose debajo de la falda. Yo me quedé en la puerta, esperando una señal, y ella me dijo, “acércate”, y yo avancé, con muchísima cautela. Me senté al borde de la cama. “Acércate”, repitió, y yo accedí, me senté a un lado y acaricié su pierna. La acaricié con ternura, anunciando lo que vendría. De pronto escuché un ruido, alguien abría la puerta. Se oyó el crepitar de las llaves y la puerta abriéndose. Tuve miedo, así que me incorporé rápidamente.

—No te asustes— me dijo. —Corre y métete en el armario, en un rato comenzaremos el juego—. Comprendí que se trataba de su padre, y que tenía que aguardar oculto el prolongado minuto en que el

hombre saludaba a su hija y ésta, alegando dolores como lo hacía para no bajar al gimnasio, se encerraba en su cuarto. Después estaríamos solos.

Escuché pasos que se acercaban por el pasillo y de súbito reconocí la figura del hombre en el umbral de la puerta; alto, corpulento, volteando hacia la cama. Viene a darle el beso de las buenas noches, pensé. Entonces él indagó aquel cuerpo que fingía el sueño. Se fue acercando hasta que estuvo frente a la cama. Luego comenzó a inclinarse. Ahí va, dije; “apenas termine ese beso...”. Me sudaban las manos y me faltaba un poco la respiración. “Estaré con Gloria, la tocaré, me la cogeré toda la noche, y bajaré los escalones antes de que amanezca, y antes de irme ella me dará un beso en la boca, me abrirá la puerta y la calle estará vacía, a punto de aclararse”. Sólo faltaba un beso tierno en la mejilla, un segundo beso por debajo de la oreja que la hizo sonreír, girar dulcemente para recibir un tercer y un cuarto beso en el cuello y finalmente en los labios, donde se demoró segundos eternos que me impidieron seguir observando pues se me contrajo el estómago. “No te atrabanques”, recordé que me había dicho Mauricio Fernández. Entonces escuché un quejido que no era de incomodidad sino de otra cosa, algo que se parecía a su mirada la tarde en que le toqué la pierna. Algo como el palomar vacío. Un último so-

nido de resistencia antes de recibir un castigo. Pero un castigo que ella parecía esperar, ahí, boca arriba, desnuda y con ese hombre apoyado sobre su cuerpo frágil. Porque él la había desnudado y yo estaba mirando cómo la recorría con sus manos y le acariciaba sus pechos pequeños, los besaba, le besaba los hombros, la volteaba para besarle la espalda, de arriba abajo, hasta que sus manos llegaron a sus nalgas enormes, aún niñas, y ahí estuvieron, husmeando sin prisa, hasta que logró entreabrir las y levantarlas un poco, para despojarlas del calzón. Y ella se dejaba mover como trapo viejo, como una marioneta, “así, sin miedo, porque ella ya ha aceptado”, oía a Mauricio Fernández cuando ella comenzó a moverse agresivamente, y a emitir pequeños gritos mientras él le decía “mi niña”, “mi niña”. Y ella buscó mis ojos entre la oscuridad del armario y me miró como a la ciudad convaleciente, con dolor, con soledad infinita. Y me seguía mirando en el momento en que el hombre estalló en un gran alarido de desahogo, mordiendo su cuello, “así, sin miedo, porque ella ya ha aceptado”.

Se quedaron dormidos, y el miedo me hizo permanecer inmóvil hasta que amaneció. Cuando ya no se escuchó ningún ruido salí del armario y ahí estaban los dos cuerpos, ella metida entre sus brazos, con los ojos abiertos, observándome. Yo no quise

voltear, caminé rápido por el pasillo ya iluminado y antes de bajar los escalones alcancé a distinguir un par de cuadros colgando de las paredes; ella con un vestido corto en brazos de su padre, ella sobre un caballito de palo, con el cabello recogido y un traje a cuadros. Sin voltear atrás continué hasta la salida. Con un cuidado extremo abrí la puerta y al cerrar alcancé a ver que ella venía caminando por el pasillo, en blusa y calzoncillos. Gloria se detuvo frente a mí y me dio un largo beso en la boca, el último, porque ella había cumplido, me había mostrado el juego y yo aún tenía mucho que aprender.

TIEMPO DE OLVIDAR

RAÚL GONZÁLEZ

A Sandra

Entré en el salón, a tientas busqué un asiento libre en medio de todos los que se encuentran. No pude ver a nadie, la penumbra se arroja con el frío del lugar, siento un vértigo que me atrapa lentamente, devora cada una de mis extremidades. Ignoro lo que pasa a mi alrededor,

sigo de pie, algo me impide sentarme y mimetizarme junto a los demás, convertirme en la masa uniforme que compone aquel espacio desvencijado, imposible de identificar. Atónito descubro a mi alrededor las miradas certeras de todos, ellos disparan, yo soy el blanco.

Desde el centro apenas puedo oír una voz que me llama, no puedo reconocer de quien es, tal vez sea el profesor, tal vez sea alguien más, da igual. Me siento atrapado, no puedo moverme, el miedo se apodera de mí, todo es tan confuso: el lugar, las personas, el ambiente. Antes de poder seguir preguntándome que carajos pasa, me desmayó, mi cuerpo se rebela frente a mis ojos, nadie intenta ayudarme, siguen igual desde que llegué. Alguien grita: ¿Qué pasa?

Nadie responde, cierro los ojos y respiro profundamente. En un parpadeo, la masa uniforme desaparece, estoy envuelto por el frío del piso, tengo la camisa abierta, alguien intenta ayudarme. Soy un extraño que mira todo desde el fondo de aquel lugar enrarecido. Exhalo por última vez, y cierro los ojos. Estoy muerto. O eso parece expresar el halo fúnebre de los presentes, el salón se convierte en velorio, la multitud se reduce a un par de personas que se mantiene de pie frente a mí.

El calor de las cobijas revela la incomodidad de mi despertar. Una pesadilla más, una maldita pesadi-

lla más en la última semana, éstas se alternan con la desdichada parálisis del sueño que me acecha y me ataca según me acueste. Estoy casi seguro de que la posición de mis brazos al dormir es la causante de ello, no puedo afirmarlo, porque no hay nada ni nadie que lo pueda respaldar. Arrastro mi brazo hasta el buró de mi derecha, cojo el teléfono, lo desbloqueo, intento hacerme la vana ilusión de que algún mensaje de ella me espera. Solo me engañó. Desde hace tiempo no me escribe más, aun así, despierto pensando en la posibilidad de que algún día eso cambie, vuelvo a engañarme.

Despego los retazos de tela que cubren mi cuerpo, despejo mi mente de toda la marea de información que bombardea mi vista a través de las redes sociales. La noción del tiempo ha perdido sentido, no me importa que día es, ni lo que tengo que hacer, tal vez sea porque no tengo un plan estructurado que me lo recuerde una y otra vez. Me levanto, acudo al baño y me mantengo frente al espejo, desearía conservar el rostro jovial, fresco y estilizado que todavía mantenía ayer por la noche. Es tarde, duermo mal, y sueño peor, ni siquiera puedo estar lo suficientemente quieto como para eximirme del baño y el arreglo.

Tras una lucha en lo que queda de mi guardarrota, elijo el atuendo del día; camisa blanca, corbata roja, suéter verde y pantalón gris, los accesorios

serán otra batalla. Batalla que no pienso librar en la próxima hora, es tiempo de desayunar. Bajo a la cocina para darme cuenta del estado de descomposición en que se encuentra, por ninguna parte puedo hallar un solo recipiente capaz de llenarse de agua sin despedir olores que me provoquen ganas de vomitar. Es tarde para comer, lo más importante no puede ser postergado.

Esta mañana la computadora no me fastidió. Armoniosamente inició el procesador de texto que tanto malestar me provoca, y tanta necesidad me genera. Ajusto la tipografía, los márgenes, la sangría, el interlineado, la justificación y la visualización. Todos son paliativos para evitar lo inevitable. Comienza mi desesperación. Día tras día me levanto abrazando la idea de poder escribir como lo hacía; sin problemas y sin bloqueos. Tal vez soy muy joven como para poder dominar el arte de la transpiración a la hora de escribir, muy posiblemente, el demonio de la inspiración sigue trastocándome, sin parar, junto a mis otros demonios. Quizás la hora influyó, es muy tarde como para poder escribir un par de líneas aceptables, mi afán obsesivo por convertirme en un escritor matutino golpea el muro de mi orgullo una y otra vez, es cierto, no soy un escritor.

Pese a ello lo intento, como también intento deshacerme de ella, olvidarla para siempre, voltear la página y no mirar atrás. Es inútil, me niego a olvidarla.

Las hojas secas del jardín me invitan a salir, es otoño, mi estación favorita para caminar. Desde el primer momento que decidí utilizar mis piernas para liberarme del estrés, los diferentes problemas que tengo, se miran desde un enfoque diferente. El miedo irracional a lo improbable, se convirtió en la fuerza suficiente para hacerme dar un paso más. La primera vez que salí de casa buscando lo inexistente sabía que pararía hasta no poder más, hasta que el desgarrar de mis músculos impidieran que me moviese. Ese día todavía no ha llegado, y espero que no llegué jamás.

Nunca pude encontrar el reloj de la iglesia, seguramente puede deberse a mi incapacidad por acercarme más allá de tres metros frente a ella. Me produce temor. Un temor que recorre mi cuerpo, altera mis sentidos, nubla mi vista y cierra mis ojos. Aunque, debo admitir que la fachada de piedra cobriza que la adorna es admirable, todas las iglesias me lo parecen (y me producen lo mismo). Avanzo calle arriba, encuentro el ambiente taciturno y vacío que asola la colonia. Como si el tiempo estuviera suspendido, como si fuera domingo, precisamente como este último. Los domingos, el tiempo se paraliza, las manecillas del reloj se ralentizan al grado de provocarme una exasperación total. Se dice que es el mejor día para suicidarse. Odio los domingos.

Una vez más llegué frente a la escuela, las rejas

guinda que dividen la calle de su interior, están desgastadas. El punto de encuentro vuelve a manifestarse sin piedad, la calle que me escupe se une a la avenida principal, esta conecta junto a sus cuatro calles perpendiculares. La más cercana, se une al concierto de recuerdos que aturden mi memoria. Por esa misma calle ascendí y descendí mañanas, tardes y noches, agonizante y convaleciente. A pedazos soy capaz de reconstruir el tortuoso camino para llegar al médico, afortunadamente, no para recordar los dolorosos tratamientos, que todavía no se hacen presentes. El murmullo de las calles aledañas, sucias y melancólicas, se vuelve mi cómplice. Volteo la mirada, y vuelvo hacia la escuela, es tarde, pero guardo la esperanza de verla salir, ansío poder encontrarla junto a la muchedumbre que atesta la salida. Esto es imposible, ya que es sábado, es de tarde, y ella lleva más de dos años sin estudiar allí.

II

La conociste en una fiesta cualquiera, aún lo recuerdas muy bien. El viento de invierno golpeaba tu rostro violentamente, los faros de la calzada parpadeaban intermitentemente, esperando ser reparados. Como cualquier otro invitado decidiste esperar tu turno para ingresar. A la puerta del jardín, un cúmulo de tus amigos se acercaron para saludar,

pululaban de un lado a otro, tratando de encontrar alguien sin saber a quién.

Cuando llegó tu turno bastó con mostrar la invitación especial para poder acceder a la terraza privada. Te sentaste, pediste una copa de vino y esperaste. A tu lado se sentaron varios desconocidos, no les diste mayor importancia, sabiendo de antemano que solo esperabas a que tu amiga saliera para felicitarla, entregarle su regalo y marcharte. Ese día no pensabas más que recostarte en cama, a observar como las manecillas del reloj dictaban el tiempo, tal y como lo habías venido haciendo cada fin de semana desde hace dos meses.

Alguien te convenció de quedarte a cenar, bien sabes que no te importa alimentarte, apenas y probaste la entrada, e indicaste al mesero no servir ningún otro platillo. El aburrimiento de la noche te convenció de esperar un poco más. Justo cuando te levantabas, la entrada principal se iluminó con el brillante vestido carmesí que ella llevaba. No podías regresar a casa sin saber su nombre.

Ocupaste de nuevo tu asiento, seguiste con disimulo cada paso que daba, observas como se acerca a saludar a la festejada, intercambiaban besos y abrazos hasta que la conduce a la terraza donde estás. Un sobresalto te inunda, las palmas de tus manos gotean el nerviosismo del momento, tu corazón comienza a palpar desenfrenadamente, sin enten-

derlo comienzas a creer que ella te está cautivando.

La invitada la presentó, le alcanzó una silla y se sentó a la mesa. No pudiste contenerte, la miras fijamente durante un tiempo indeterminado, ella escapa a tus ojos, finge no verte. En sus ojos subyacía la fiel imagen de un atardecer veraniego. Dudaste en presentarte, ella se adelantó, el impacto de su voz te dejó sin palabras, apenas y lograste hablar sin equivocarte.

Comenzaron a platicar.

Su sonrisa perfecta, la simpatía de su mirada, el candor de su rostro y la divertida expresión en sus gestos terminan por convencerte de qué es más encantadora de lo que imaginabas. Consultas una y otra vez tu reloj, quieres aparentar prisa, ella lo nota, te inquiere y bromea con tu respuesta. Desde que llegó el tiempo se suspendió, para cuando la música volvió imperceptible tu voz, ella te habló al oído para invitarte a bailar, asentiste con la cabeza.

La tomaste de la mano y comenzaste a llevarla conforme el compás de la música. Debes confesar que siempre has sido pésimo bailando, aunque de momento estás dispuesto a cometer cualquier ridículo con tal de pasar más tiempo con ella. Tal y como lo pensaste el ridículo apareció, tus pies empezaron a trastabillar, estuviste a punto de pisarla, esa es la señal inequívoca que te indica el final de tus intentos por bailar. Ambos rieron y regresaron a la terraza.

Su conversación parecía no tener fin, platicaron un poco de todo y de todos. En un abrir y cerrar de ojos la madrugada se apoderó de la fiesta. Para cuando consultas la hora, un par de personas ronda por la salida, era hora de marcharte. Una vez más ella se adelantó, con mucho esfuerzo la buscaste, solo encontraste su voz. Ella se despidió, abandonó la terraza de un momento a otro. Te distrajo tanto que olvidaste preguntarle su nombre.

Una caminata por el parque, el sabor amargo del tabaco, una taza de café hirviendo, la plática más extraña que tuviste con un desconocido, el olor corrompido del papel desgastado, la rugosidad tras la pasta de un libro antiguo. Recuerdos borrosos y sensaciones desconcertantes asaltan tu mente, recuerdos difusos que te invitan a descubrirlos. No logras saber que está sucediendo, no puedes. ¿Acaso será que todo fue un sueño? Despiertas sobresaltado, el cuarto está demasiado oscuro como para levantarte y observar a tu alrededor. Enciendes la luz del buró y bebes los rescoldos de agua que yacen en el vaso, no puedes creer lo que soñaste, no puedes creer que recordaste. Hace tiempo que las noches pasan sin ningún recuerdo sobre tus sueños. Empiezas a cavilar, sabes que algo está cambiando, todo ese sueño no pudo ser producto de la nada. Te niegas a penetrar en las profundidades del psicoanálisis para entenderte.

Sueñas que soñabas, lo sabes porque el influjo, que te somete desde la cabeza hasta los pies, revela que una vez más la parálisis se apoderó de ti. También sabes que es inútil oponer resistencia, de la misma manera que intentar gritar no contribuye en lo absoluto. Antes de que el pánico termine por crear sombras en la oscuridad, aprietas con fuerza tu mandíbula y cierras los ojos con total empeño.

Oscurecía mientras el vigilante de la estación te dice: “Despierte, no puede dormir aquí”.

III

Él no puede dejar de pensar en ella. Él toma su teléfono para buscar su fotografía y detenerse a contemplarla detenidamente, siempre lo ha hecho, dedicó noches enteras a mirarla, para descubrir a través de su rostro los momentos que pasaron juntos, además de los instantes donde ella se robó su atención y se ganó un espacio muy importante en su memoria. Él suele alimentarse de su recuerdo, tan vivo e importante que lo transforma profundamente cada vez que lo evoca. Él ya no quiere desprender ni un solo detalle de su recuerdo, ha revolucionado sus sentimientos de un modo tan peligroso que ya no sabe que fue peor: intentar olvidarla o resignarse a vivir atado a su recuerdo.

Todo comenzó la madrugada que decidió visitar su perfil, después de todo, él había decidido que

ella lo acompañaba permanentemente, sin embargo, no logró entender porque su imagen estaba cargada de un ambiente frío y lejano, como si ella no fuera más que una fotografía de una red social. Aun así, él observo que había cambiado, ella era la misma, pero había cambiado. Al margen de las notorias diferencias estéticas, él quedó maravillado ante la vibrante, fuerte, atractiva y hermosa mujer que tenía frente a sus ojos. Desde la soledad de su alcoba, se negó a creer la posibilidad de un cambio radical en tan poco tiempo.

Su nueva imagen trajo consigo una inquietante pregunta: ¿la mujer de la foto era la misma que lo acompañaba? Claro que no. Esa fue la repuesta que lo dejó preocupado durante semanas enteras, él sabía que ella había cambiado profundamente, pero también sabía que aceptarlo, era equivalente a recibir con los brazos abiertos la idea de que ella era solo un manojito de recuerdos, amarrado al capricho de su memoria y de su corazón.

Periódicamente le manda mensajes. Algunos quisieran ser más que una frase o una imagen, incluso si estos los acompaña de caritas cursis. Hay momentos en que quisiera escribirle todo lo que siente, todo lo que sufre, todo lo que vive. Pero no habría modo de expresar semejantes demonios en una simple aplicación de mensajería posmoderna. Tristemente, la tecnología todavía es incapaz de en-

tender el lenguaje más profundo del hombre, el que se escupe de las entrañas.

Él intentó olvidarla, hace tiempo que se prometió hacer todo lo posible por desprenderse de ella, siguió todos los consejos que las personas dan; mantenerse ocupado, salir a “divertirse”, dedicarse a los pasatiempos predilectos, conocer nuevas personas, o simplemente tener nuevas relaciones. Nada de eso funcionó. Todo por una simple razón: el recordó, se negó a cometer dos veces el mismo error. Sí, infructuosamente él había intentado deshacerse de ella tiempo atrás.

La primera vez que abrigo esa idea aún estaba a salvo. Empezaba a conocerla cuando se dio cuenta que ella lo transformaba poderosamente; él no era el mismo durante y después de estar con ella, él adquiriría una fuerza decidida y avasalladora que lo hacía sentir muy seguro. Él era feliz a cada momento que pasaba con ella, y lo sabía. Pero también sabía que ella mantenía otra relación, y para su mala suerte, duradera con alguien más, un afortunado por supuesto.

De manera que realizó las operaciones más arriesgadas desde lo más hondo de sí para rechazarla. Era un estira y afloja de resultados. A veces creía haberse despejado por completo de ella, otras tantas se daba cuenta que ella le atraía cada vez más. Eso lo llevó a tratarla mal; despreciándola, ignorando-

la, abandonándola, y algo mucho peor, negándole el acceso al fondo de sus recuerdos. Durante algunos meses creyó que había funcionado. Vaya forma de autoengañarse, puesto que la manera como despertó de su idea fue a través de un impotente sentimiento de tristeza.

Intentó olvidarla, él asegura que fue así. Pero dejó de hacerlo en cuanto se dio cuenta de que todos sus esfuerzos eran en vano, no se trataba solo de olvidarla, se trataba de abandonarla para siempre, abandonar su inteligencia, su sensibilidad, su cariño, su fuerza, su coraje, su intuición, su elegancia, pero por encima de todo, su magnífica forma de ser, que él soñaba con poder acompañar. Sabe que intentar escapar de ella es escapar de sí mismo. Sus miedos, sus obsesiones y sus confusiones, se avivan cada que se aparece su recuerdo fantasmal.

Porque, pensándolo bien, él nunca la conoció a fondo, él nunca pudo ser más que un conocido, el nunca será más que eso. Sus sentimientos están repletos de contradicciones, lo que él hizo fue crear un montón de sueños, aderezados con el toque de mensajes equivocados. Sí, él la conoció, pero enloqueció cuando ella se desvaneció frente a sus ojos, cuando su figura se perdió lentamente entre las sombras del tiempo, de la lejanía. Lo que él construyó se desmorona poco a poco, él intenta destruirlo, es una pelea entre su amor y su razón. Vaya pelea.

Es cierto, no pudo dejar de luchar, mejor dicho, de aferrarse a la oportunidad de tener una compañera de vida, más en los tiempos en que esta última se presenta azarosa, incierta y peligrosa. Por eso apuesta día con día, imaginando que, tal vez, en la próxima tarde que venga lo conseguirá. Es muy probable que las circunstancias le griten que no, que no pasará nada, nunca, pero, es tan necio que lo intentará mientras viva.

Sentado una vez más frente al ordenador, rodeado de muchas hojas de papel convertidas en pelotas, vacío de cualquier fuente de inspiración, intenta escribir algo nuevo, al mismo tiempo se desanuda la corbata. Pretende ser escritor, pretende arriesgarse a exponer sus ideas, pretende mucho.

No duda en mirar un párrafo anterior, que se lee más o menos así:

Sostiene que le conoció hace 3 años. Una tarde soleada de primavera, de esos días plenos que lo llenan de vitalidad y fuerza. También sostiene que a menudo se esfuerza por olvidar todos los detalles que recuerda de ese encuentro, no porque le afecten, sino porque se niega a tener que aceptar la invasión de recuerdos constantes en su memoria inestable.

CASO TOMADO

LUCILA MAY PEÑA

La ventana de persianas apenas dejaba entrar los rayos de sol, en la pequeña habitación. Es mediodía, el aroma de sustancias químicas y medicamentosas, se combinaban con el de residuos de excreciones frescas y añejas. “Es sorprendente como esta pareja se mantiene unida a pesar de su situación”, se dice Ariel, mientras con la mayor diligencia otorga los cuidados pertinentes a su paciente

ante la vista de la esposa que lo sigue con la mirada. “¿Comió algo? lanza la pregunta pretendiendo no darse cuenta de que los alimentos se mantienen casi intactos en la charola”. No tiene muchas ganas, tan pronto ingiere un poco lo devuelve, responde la mujer con cierto grado de timidez. “De cualquier modo hay que intentar alimentar a su esposo a cucharaditas, esperando que comience a retener alimentos, los necesita su organismo”.

Tiempo después el enfermero recuerda a la mujer mirarlo durante sus actividades que no por rutinarias adolecen de amabilidad y seguridad en el cuidado de su paciente. “¿Esta orinando? ¿Evacuó esta mañana? ¿Cómo hizo?”. Comienza a enlistar las preguntas necesarias cuya respuesta reflejan la evolución del paciente. Re-estira las sábanas, acicala la mesa junto a la cama, hace anotaciones en el expediente. En cientos de ocasiones al levantar la vista sus ojos chocaron con los de los familiares o acompañantes en ellos se refleja temor, tristeza, desesperanza. Los ojos de esa mujer de un verde indefinido transmitían una combinación de todos los sentimientos enmudecidos. El hombre lo interpreto lógico dado el diagnóstico de su familiar. Antes de salir de la habitación, se retira los guantes, frotando sus manos con jabón bajo el agua de la llave en el lavabo de la entrada. Al colgar su bata en el perche-

ro asegura estar a su disposición. La habitación A-5 es paso obligado al área de hospitalización. A través del cristal en la puerta, un par de ojos femeninos observan el paso del grupo que concluido el turno y se retiran a descansar.

Ariel y Nidelvia se encuentran en la fila para registrar su salida, comparten la profesión y el turno. Llevan más de veinte años casados, sus hijos están cursando la educación superior, son buenos estudiantes. “¿Cómo te fue?”, pregunta fríamente la robusta mujer. “Pusieron un varón con VIH en el aislado, se lo cambié a Sarita ella está embarazada”, responde el hombre. “Cuídate, extrema tus técnicas”, agrega la mujer mientras se encamina al estacionamiento enseguida de su esposo.

Para Ariel el trabajo llena esa sensación amarga que le han dejado los años de convivencia. Cuando sus hijos eran más pequeños le gustaba llevarlos al parque a jugar y ahora prefieren compartir con jóvenes de su edad. Por otra parte, las salidas con sus amigos se fueron espaciando pues le generaban problemas con Nidelvia y, aunque suele complacerla llevándola a comer, el cruce casual de una mujer joven y atractiva es suficiente motivo para que ella pierda los estribos. Ariel ha concluido que resulta inútil repetirle que, a pesar de que su cuerpo haya ganado redondez, es así como la quiere, además de ser la madre de sus hijos. El paso del tiempo transcurre

inevitablemente. Al estado tórpido del paciente A-5 se suma la actitud fría y evasiva de algún integrante del equipo de salud, ello es percibido tanto por Ariel como por el familiar de Juan, su paciente. Hay que vestir una bata, lavarse las manos al entrar antes de salir y al tocar cada cosa, especialmente las excreciones, colocarse cubre bocas y guantes a la entrada y retirarlos antes de salir. Ariel y la esposa de Juan se han convertido en cuidadores dedicados. Han hecho equipo en el aseo personal, lo asisten en la alimentación y la administración de los medicamentos. A menudo charlan bajito casi entre susurros para no alterar el descanso del enfermo. Al final de la jornada se despiden deseándose una buena tarde o un feliz descanso.

“¿Qué te pasa? Estas muy raro”, Nidelvia aborda a su esposo. Un sexto sentido le advierte que su esposo no es el mismo desde hace algún tiempo. “¿Por qué lo dices? estoy bien, igual que siempre. El servicio está pesado, muchos pacientes no pueden levantarse y Sarita avanzando con su embarazo, tengo que ayudarla...”

“Tú tienes algo...”, insiste la mujer mientras entorna la mirada en actitud desconfiada. Sacudiéndose los hombros, Ariel hace caso omiso a la observación. Toma el periódico y simulando leer se acomoda en el sofá de la sala echando a volar su imaginación. “Que tengo algo... ¿qué más puedo

tener? Hay momentos que me gustaría huir de esta rutina en donde solo estoy separado de mi celosa mujer las horas del trabajo. Eso de no tener libertad para salir y divertirme donde me dé la gana. Pero, aunque la mayor parte del tiempo en casa me siento aburrido me he acostumbrado a que el matrimonio es así, yo lo escogí. Nuestros hijos ya crecieron y me llenan de orgullo”. Sacude la cabeza para ahuyentar pensamientos para aclarar su mente. “Me estoy haciendo viejo, ¡nos estamos haciendo viejos! Y las mañas nos van brotando como escamas filosas que repelen al otro. Y cuando llegue la jubilación... ¡Me volveré loco si esta mujer no cambia!”. De la cocina llega la voz de Nidelvia avisando que la cena esta lista. El semblante de Ariel se transforma, suspira mientras aspira el aroma proveniente del comedor, y ¡guiso tan rico!... dobla el periódico y se dirige hacia allá.

Para Juan la postura adoptada de su mujer semejante a una resignada celadora sentada junto a la puerta de la habitación le parece de lo más humillante, duele más, que la certeza de su vida, pendiente de un hilo. La mayor parte del tiempo mantiene los ojos cerrados, unas veces por cansancio otras por no soportar la compasiva mirada. Transitaba por esa etapa donde se es incapaz de aceptar la enfermedad y la culpa. Ocupaba el puesto de gerente regional de la compañía donde laboraba. La mayor parte del

tiempo viajaba, supervisando ventas, otorgando capacitación al personal de las sucursales, verificando la completa satisfacción de los clientes. Le tocó vivir situaciones ventajosas e inimaginables, que tampoco despreció, que lo llevaron ahí. De aquel atractivo varón que fue solo quedaba el recuerdo.

Semanas atrás su hijo cursó con anemia y requirió una transfusión. Se esperaba que el padre donara la sangre. Al responder el interrogatorio en el laboratorio noto que era similar a la confesión ante un sacerdote. “Usted pertenece a un grupo de riesgo”, le respondió la química. “No puede donar hasta no descartar una lista de enfermedades de transmisión sexual”. Fue de las pocas veces que había sentido vergüenza, pero no lo podía negar. Se vio obligado a realizarse análisis más completos, dando como resultado VIH positivo. Debía comunicarlo a su esposa lo antes posible. “¿Cómo pudiste hacerme esto, cómo pudiste hacernos esto?”, reclamó llena de dolor María Teresa. “Me deje llevar... no tengo perdón”.

Las siguientes semanas la distancia entre los dos fue creciendo, a pesar de eso ambos vigilaron la recuperación del pequeño. Su convivencia se redujo a lo indispensable. Habían sido novios desde la primaria. Estudiaron Comercio Internacional, aunque ella no lo ejerció. Durante ese tiempo Juan no había

manifestado síntomas. La descamación del cuero cabelludo fue el principio de leve a severa, siguieron los hongos que comenzaron a colonizar las áreas ocultas y húmedas al grado que no podía tenerse en pie. Drásticamente perdió peso. “Su sistema inmunológico se está deteriorando”, les dijo el médico que le daba seguimiento. Necesita ingresar al hospital para recibir cuidados y medicamentos que eleven sus defensas, de no hacerlo una gripe o una simple diarrea lo puede matar. María Teresa no tuvo valor para dejarlo a su suerte. “Te acompañaré”, le dijo, tomándole la mano.

La atención que Ariel le prodigaba al paciente de la habitación A-5 se extendía hacia la mujer, que bien podría posar para Botero. El dorado cabello y la mirada de esperanza adornaban la habitación hospitalaria. Las conversaciones entre Ariel y María Teresa se tornaron más personales. “¿Cómo le fue en su descanso Ariel?”. “Bien, en casa como siempre, con la familia, ya sabe usted”, respondió mientras colocaba el equipo para la toma de los signos vitales. La mujer se levantó del sitio de vigilia acercándose a los varones. Ariel levanto la vista del baumanómetro hundiéndose en el profundo verdor de esa mirada. Una especie de choque eléctrico le recorrió la columna vertebral, sus mejillas ardieron. Agradeció que la luz en la habitación no fuera suficiente. Cruzó algunas palabras con ella y salió de

la habitación para continuar con sus actividades. A pesar de la complexión robusta y gozar de buena salud, Ariel sentía su estremecido cuerpo flotando por el pasillo.

A los silencios del esposo se sumaron algunas escapadas, Nidelvia lo notó un día de descanso. Ariel salió a comprar el desayuno, tardó tanto que regreso cerca de mediodía. Tiempo después, alguien le dijo que su esposo que ese domingo había pasado al hospital a dejar algo de comer al A-5. Las semanas siguiente Ariel y María Teresa visitaron el zoológico de la ciudad tomados de la mano, charlando como dos enamorados. Al contrario, Nidelvia y Ariel comenzaron a trasladarse al trabajo en su propio vehículo.

Para el cuidado de Juan, el atento y diligente enfermero estaba dispuesto todas las horas del día, inclusive el de su descanso; para nadie en el hospital fue sorpresa que, al morir el joven, María Teresa y Ariel se casaran.

TORTURAS

JOSÉ P. SERRATO

Llegaron los agentes a las dos de la mañana y tumbaron la puerta, el estruendo los sacó de la cama. Armas enormes y placas relumbraron con la tenue luz de la farola de la calle. En el marco de la entrada se quedó esperando uno de ellos y los otros dos se metieron tirando cosas al paso. Lorena y Julio despertaron de inmediato. De los niños sólo el menor estaba despierto, llorando.

—¿Qué hay, qué pasa?—, gritó dudoso Julio.

—¡Cómo que qué pasa, hijo de tu puta madre, ya te vinimos a chingar!—. Uno de los sujetos lo tomó del cabello y lo azotó contra un ropero. Julio traía la ropa de cama. Con el golpe gimió sordamente. —Ya te teníamos bien checadito, a ti y a tu pinche vieja, y a tus escuincles—. El menor seguía llorando y uno de los uniformados lo miraba con ira. Lorena quería ir a él, pero uno de ellos la sostenía encañonada, sentada en la cama.

—Mira, hijo de puta— el sujeto lo agarraba del cabello y de buenas a primeras le soltó un cachazo en la boca —así se les trata a los pinches valientitos—. Ora ya te chingaste, pendejo. Tú sabes bien quién es la Quina y quiénes son esos hijos de la chingada del MIT, y me lo vas a decir cabrón.

El sujeto, después de la amenaza, se preparó como para estar por un buen rato amagando a Julio y a su familia. Se colgó el arma, sacó una cajetilla y un cuchillo de la bolsa izquierda del pantalón. Con la otra mano, libre ya del cabello de Julio, buscó un encendedor en su chamarra. Sacó un cigarrillo, lo puso en su boca. Con una flama rápida dejó ver su rostro en medio de la madrugada.

Julio lo miró detenidamente con el dolor de la boca triturándole los gestos: era un tipo moreno, no

muy robusto, con la arruga en medio de la frente muy marcada. Su barba era escasísima, los ojos pequeños, negros y malévolos, orbitados por espesas ojeras, la boca ancha, irregular, con tonos morados y rojos, el cabello corto, corte militar, que dejaba entrever un par de cicatrices. En cuanto tuvo el cigarrillo encendido, entre esa boca asquerosa, guardó encendedor y cajetilla y con el cuchillo amenazante comenzó:

—¿En qué estábamos, mierdita?—, regresó a tomar por los cabellos a Julio. —Estoy esperando a que me digas dónde chingados están la Quina y los pencheros del MIT.

—Yo no conozco a nadie de los que dice—, contestó Julio tratando de no escupir la sangre. El uniformado, muy dueño de sí, sin soltarle el cabello, esperó unos segundos. Volteó el filo de la navaja lentamente y con el mango le soltó un inesperado golpe en la cabeza. Lorena lloraba en silencio. Mónica y Julito ya habían despertado, pero fingían dormir resguardados por la oscuridad y las cobijas. El pequeño seguía llorando, mas parecía pasar inadvertido para los sujetos. Lorena rogaba por dentro para que los llantos de su hijo no desearan a los matones o que pudieran despertar a algún vecino, deseaba que el llanto de su hijo los pudiera salvar de esta pesadilla.

—¡Mira, pendejo, no te pregunté si los conocías, afirmé que los conoces, no te hagas güey, lo que te pregunté es dón-des-tán!—. El uniformado ya se había agachado, y con la mano acercaba su rostro al de Julio. Apenas se veía la escena. El llanto del niño pequeño le taladraba el pecho. Julio temblaba, los llantos de su hijo le ardían. Tenía el corazón pulsando y la cabeza llena de miedo, no sabía qué decir. Tenía que escoger cuidadosamente sus palabras. Lo cierto es que no sabía dónde estaban la Quina y los del MIT porque había roto comunicaciones con ellos desde hace meses, pero aún tenía en la computadora sus correos electrónicos, aún tenía la maldita bitácora debajo del colchón, y aún tenía los teléfonos de Daniel y María, la Quina.

—No sé nada, de verdad, no sé nada, créame, lo juro, por mi hijo, no conozco a esas personas—. Contestó Julio tratando de pronunciar detenidamente cada una de sus palabras, tratando de ser lo más conciliador posible, tratando de llenarse de ecuanimidad para convencer.

Lorena apenas soportaba el calvario. Su niño aún lloraba. Sentía más cerca la bala saliendo del fusil que la encañonaba. El sujeto de la puerta, con su silueta amenazante, impediría cualquier ayuda. Pensó en decir todo, en dar la información con la fina-

lidad de detener en algo la tragedia. Después supo que si decía algo matarían a Julio por mentiroso y se quedó callada. Esperaba ahora desmayarse, que no fuera verdad lo que vivía ahora. Sudaba. Tenía el cuerpo cubierto sólo por una bata y podía sentir cómo la gota de sudor desde la frente bajaba hasta sus pechos, una gota fría, indiferente a las amenazas y a la violencia que en ese cuarto estaba ocurriendo.

—Este pendejo sigue de necio—, dijo el verdugo, dirigiéndose a su compañero. —A ver pendejo, levántate, ven acá—. Tomó a Julio, y con una fuerza que sólo da la impunidad, lo levantó en vilo, y así, en calzones y camiseta, lo sacó del cuarto.

Afuera, la escena era completamente visible aunque la penumbra ganaba siempre espacio, favorecida por la somnolencia y el sueño. Lorena miraba todo azorada y sin poder moverse. Palpitaba su yugular. Temía la pérdida. Vio cómo el sujeto que estaba frente a la puerta le dio dos patadas a su compañero. Una patada en un muslo, otra en la espalda ya en el suelo. Los gemidos de Julio eran débiles, parecía completamente perdido de sí. El sujeto que hacía las preguntas lo levantó del cuello. Le ordenó que se pusiera de pie. Mónica y Julito no se movían en absoluto, se callaban mutuamente. Lorena sudaba, miraba sin mirar. Julio recibía patada tras puñetazo. —¿Dónde están, cabrón?!, ¿Dónde se escon-

den, hijo de la chingada!?!—. Los oídos de Lorena estaban punzando, tensos por los gemidos de su esposo y los llantos de su hijo. Enceguecía, adivinaba a sus hijos en la esquina, entre la ropa, cubiertos de miedo y resguardados por la debilísima luz que no quería tocarlos.

—Ahora sí va a hablar este hijo de la chingada—, entró diciendo el oficial de las preguntas. —A ver si así sigue con su boca cerrada este cabrón—. Luego se dirigió a la cuna y con una mano sacó al niño, llorando aún y se lo llevó en medio de un grito ahogado de Lorena. —¿Vas a hablar hijo de perra?—, decía el sujeto mientras con su cuchillo apuntaba al vientre de su pequeño hijo.

El verdugo de Lorena volteaba, sorprendido por el curso de las cosas. Lorena lloraba con las manos a la cara. Julio tambaleándose de rodillas. La camiseta manchada de sangre, sus calzones con tierra y lodo también recibían la sangre. El sujeto que antes estuvo en la puerta lo sostenía del cabello. Uno de sus ojos estaba hinchado, completamente cerrado. Su rostro entero abatido. La boca sangrando y rota daba sola la imagen de la tragedia.

—¿No vas a hablar? ¿Dónde están esos hijos de la chingada?—, vociferó el agente mientras amagaba al niño. Julio apenas pudo pronunciar un incom-

pleto y coagulado “no”. El agente, enervado, clavó la navaja entera en el vientre del niño mientras miraba resoplando. A Lorena no le importó el arma, se levantó de la cama y corrió a arrebatárselo al asesino. El agente que la custodiaba no pensó en dispararle, pero salió corriendo, estaba pálido y se animó a hablar:

—Comandante, comandante, creo que este tipo dice la verdad, yo creo que no los conoce. Vámonos comandante, ya estuvo—. El comandante lo miró con el mismo rostro endiablado, con los mismos ojos de navaja. Lorena estaba abrazada a su hijo sollozando. La mano militar aún sostenía el cuerpo.

—Vámonos, deja esa mierda ahí—, ordenó el comandante a los otros dos mientras aventaba a Lorena y a su hijo con el odioso brazo. Abordaron una camioneta y así cerraron dos horas insoportables en la madrugada.

Doce años después, Julio circulaba por calle Jardín, una faena de medio día. Le hicieron la parada dos hombres y abordaron el taxi. Julio tenía la costumbre, desde aquel día, de tener por lo menos un bate debajo del asiento y ahorraba para poder comprarse una buena pistola. Abordaron los dos hombres.

—Buenas tardes—, dijeron en automático los tres.

—¿A dónde los llevo, señores?—, contestó Julio mientras miraba el espejo lateral.

—Sigamos derecho—, contestó uno de los sujetos. —Vamos aquí adelante, al edificio CAMSA.

Julio manejó en silencio. No inició conversación alguna. Su seriedad se acentuó desde aquella madrugada. Encendió la radio, muy bajo el volumen. Se escuchaba una canción de Bosé: “morir de amor...”. Tedioso el viaje. Los pasajeros mantenían una conversación superficial. Estaban por llegar. Julio miró por el retrovisor y pudo distinguir, por unos segundos, los rostros de los hombres que viajaban en su taxi.

—Aquí en la cuadra que viene—, solicitó uno de los hombres.

—Claro que sí—, contestó Julio, no de inmediato. Ya habían llegado al destino. Julio les cobró, pensativo con cada moneda que regresaba a las manos de los sujetos.

—Hasta luego—, se bajaron los dos hombres.

Ese rostro que lo torturó hace doce años, que apareció con un fuego de cerillo y que lo miraba mientras mataba a su hijo pequeño, había estado ahí, en el asiento trasero de su coche. Julio estaba sudando sobre el volante. Tenía al asesino de su hijo frente a él, caminando libre y se acababa de bajar de su taxi. Pensó en el bate. Pensó en salir y matar a este sujeto. Doce años después, ahí, él. Destruí-

do de esperanzas y de alegrías. Con un hijo muerto prematuramente. Con las pesadillas familiares como secuelas de la tortura. Sin denuncias procedentes, sin arrestos. Los dos hombres caminando frente a él, vestidos casualmente, entraban ya a un edificio. Julio los miraba todavía, apretando el volante con toda su rabia.

ESE VACÍO

KRISTIE RODRÍGUEZ

Todas hemos escuchado lo mismo de boca de nuestra madre: que trates de no llegar después de las 12 a casa; que por favor alguien de confianza te traiga o, en caso de que tomes un taxi, que le mandes tu ubicación en tiempo real, para que se quede tranquila. No, no es una exagerada: las chicas desaparecen, no regresan. “Sabrá Dios si sus familias las volverán a ver”, es lo que dice mi mamá cada que ve pegado en la calle un cartel con la foto de una mujer. Incluso en la escuela todas oímos y vemos

cosas, como la vez en que el novio de Ana, Héctor, le volvió a pegar. Siempre pasa por ella y, si llega antes de que acaben las dos horas de Derecho o las cuatro interminables horas de Estadística, la espera. La observa desde que llega, se asoma por la ventana pequeña de la puerta y Ana, en cuanto lo ve, le sonríe desde su silla. Son la pareja popular de la preparatoria. Todos los ubicamos, porque llevan más de un año juntos. Ana está enamorada. Pero ese día, cuando estábamos en la primera clase de la mañana, la vimos sentarse rápidamente al entrar al salón. Llevaba una blusa de cuello alto y manga larga para ocultar las marcas de su cuerpo, algo que yo ya había notado tiempo atrás. Probablemente había llorado, estaba nerviosa, parecía triste y no estaba participando en clase. Más tarde, él llegó por ella y se fueron juntos después de clase. Vi cómo la tomaba de la cintura y la abrazaba, mientras ella le daba un beso en la mejilla y lo miraba con un hermoso brillo en sus ojos.

En realidad he hablado poco con Ana: solamente al comentar temas en clase, ya sea en los pasillos de la preparatoria o en las fiestas de la escuela. Un viernes, me la encontré en el baño en una de esas reuniones que acaban siendo fiestas de más de 300 personas en un terreno rentado. Yo me estaba lavando las manos y ella se miraba en el espejo. Más que su vestido negro, resaltaban sus ojos: tenía corrido el rímel. Había un vacío escalofriante en las

pupilas de la chica que miraba su reflejo. En ese momento le ofrecí un clínex y me fui.

Salí de nuevo a las luces neón y a la música a todo volumen, Héctor estaba como un guardián al lado del baño: tal parecía que su misión no acababa afuera de nuestros salones de clase. Me vio el escote al pasar junto a él y me di cuenta de que el atractivo chico de camisa tipo polo apestaba a alcohol. Caminé entre la gente y el hielo seco; después de sentir que alguien me había agarrado una nalga y no poder regresarme para saber quién fue, seguí andando hasta la mesa de mis amigos, pero en el camino se me acercó un rubio que me habló al oído gritando: “¡Hey!, qué guapa. ¿Quieres un trago?” y contesté lo de siempre para evadir propuestas que no me interesaban: “No, gracias”. En las fiestas, todas ya sabemos el ritual: “No aceptes tragos de extraños. Revisa que la botella esté cerrada y que la abran frente a ti. Si usas vaso para tu bebida, tápalo en todo momento, porque a veces pasan y avientan algo en tu bebida, para dormirte. Si te empiezas a sentir mal, dile a alguien, provócate el vómito inmediatamente...”. Ya es normal que una chica conozca este decálogo antes de ir a bailar o a tomar unos tragos; son las reglas para regresar viva. A veces pareciera que, más que salir a divertirnos, emprendemos la tarea de enfrentarnos a un enemigo invisible, como si la muerte bailara cerca de nosotras cada madrugada y no pudiéramos saber cuándo se acercaría.

Desde hace tres meses, llevo conmigo un gas

pimienta, para sentirme más segura; lo compré por Amazon con unas amigas, pedimos una caja. Afortunadamente, no he tenido que usarlo; solamente lo he sacado discretamente en el momento en que la charla del conductor del Uber me hace sentir incómoda. Hay cosas que te ponen alerta: cuando te empiezan a preguntar que si tienes novio, que si sueles salir tarde de trabajar, que si el destino del viaje es tu casa. En esas pláticas siempre tengo novio y me esperan tres hermanos en casa (hermanos que no existen, obviamente). En ocasiones le he marcado a mi primo para decirle que ya voy y que ya le envié mi ubicación en tiempo real; lo digo en voz alta, porque mi verdadera intención es comunicárselo al conductor y no a mi primo. El gas pimienta va siempre conmigo, sea de día o de noche. En un país como éste, un objeto así ya es un accesorio básico.

Después de la fiesta en la que vi a Ana, al llegar a casa me encontré a una de mis vecinas en las escaleras. Tenía la misma mirada vacía que había notado en mi compañera y estaba despeinada, como si alguien le hubiera jalado el cabello. Sé que vive con su esposo y sus dos bebés. La saludé y ella se siguió de largo. Más tarde escuché que se movían cosas, como si aventaran los muebles. El departamento de mi vecina queda justo arriba del mío, así que escuché perfectamente los gritos de una mujer: “No, para. ¡Para!”. No supe qué hacer, mi gas pi-

mienta no iba a servir si iba y tocaba sin estar segura de qué estaba pasando. Uno de mis vecinos también se despertó por el ruido, pero, a diferencia de mí, él sí llamó a la policía y una patrulla llegó en menos de cinco minutos. Oí pasos afuera de mi departamento y por la mirilla de mi puerta vi a dos oficiales subir. Rogué que llegaran a tiempo; ya no había escuchado la voz de mi vecina desde que sonaba a los lejos la sirena de la patrulla. Me quedé con un ojo pegado a la puerta hasta que bajaron las escaleras las mismas personas que habían subido a atender la emergencia. Ahí iba otra falsa alarma de violencia familiar para las estadísticas. No puedo culparla: tiene dos hijos y, para ser honesta, tampoco yo sabría qué hacer en su situación.

Ese sábado salí a correr al parque antes de las siete de la mañana. Me llevé el carro. Generalmente no mucha gente va tan temprano a hacer ejercicio, excepto aquéllos para los que ya es un hábito o que no tienen tiempo a otra hora del día. Algunos de los corredores ya nos ubicamos: nos sonreímos y nos saludamos cuando nos encontramos.

En ese lugar, hay zonas que evito porque les falta iluminación. A veces pienso que es ridículo tener constantemente ese pensamiento, pero es lo que hay, es una realidad. Cuando voy trotando y tengo que decidir entre dos rutas, la iluminada o la oscura, recuerdo a mi mamá viendo anuncios de chicas desaparecidas y me voy por la ruta más segura, para

evitar que la madre de alguien más diga sobre mí: “Sabrá Dios si su familia la volverá a ver”. Un rato después de llegar, terminé mi rutina y, mientras me dirigía al carro, una joven me tocó el hombro. En cuanto volteé se apoyó en mí con las dos manos y pude ver que iba vestida con ropa deportiva, que era corredora como yo y que tenía la respiración muy entrecortada; también me di cuenta de que tenía un tobillo lastimado por cómo se sostenía en pie. La tranquilicé y la subí a mi carro. Me iba a poner a revisar su lesión, pero me dijo que me subiera y cerrara las puertas con seguro. Le hice caso. Ya adentro del auto le di agua y, entonces, pudo hablar tras recuperar el aliento: “Fue un tipo en el parque, yo pensé que también estaba corriendo y lo dejé atrás después de dos vueltas al circuito; pero de repente lo vi siguiéndome y en ese momento supe que eso ya no era una casualidad. Me espanté. Te vi a lo lejos desde el otro lado del parque, vi las luces de tu carro cuando le quitaste el seguro. No había nadie más cerca, así que corrí lo más rápido que pude y me torcí el tobillo y no me importó y seguí corriendo. El tipo me estaba persiguiendo y empecé a gritarte y me llené de desesperación, porque no me oías, aún estabas lejos. Hubo un momento en que casi me atrapaba: sentí cómo me jalaba de la chamarra, pero alcancé a golpearlo con un codazo y seguí corriendo y ya no me percaté de si me seguía o no”. Arranqué inmediatamente y me fijé en los espejos para ver

si su agresor estaba cerca. No sabía el nombre de la chica que estaba en mi carro, sólo sabía que era como yo: corría en el mismo parque, a la misma hora, y que acababa de sobrevivir a un posible asalto o violación, incluso a un feminicidio. Quizás elegir el camino alumbrado me había salvado de ser ella y me había puesto en el lugar de la conductora que la había salvado. Paré después de un rato y le pregunté si la llevaba a su casa o si quería ir a denunciar. Me pidió llevarla a una colonia cercana a mi casa. Le dejé mi número y me avisó en la noche que ya había denunciado y que su hermano la había llevado al doctor por su tobillo. Iba a estar bien. Me dio su nombre y quedamos en encontrarnos al ir a correr. Se llamaba Violeta.

Luego de este incidente, comencé a cargar mi gas pimienta también en el parque. Había dejado de hacerlo, ya que el trote hacía que el bote de aluminio se me resbalara si lo acomodaba entre la tela de licra y mi piel; sin embargo, esa misma semana me compré un estuche en el que cupiera mi arma de defensa. Tardé en volver a correr con confianza. Me detenía si escuchaba lo que me parecían pasos a lo lejos; incluso me asustaba si alguien me rebasaba de la nada. No había visto a Violeta en varios días. Si yo corría con miedo, no quería ni imaginar lo que ella iba a tardar en regresar, si es que lo hacía.

En la escuela, Ana seguía usando a diario blusas de manga larga, sin importar que estuviéramos en plena primavera. La veía en los pasillos y su mirada seguía intrigándome. Había cambiado su humor en las clases: parecía completamente ausente, como perdida en sus pensamientos. Cuando Héctor pasó por ella un martes después de Estadística, vi a Ana alejarse de él aterrada: él le iba a acariciar el rostro y ella movió la cabeza con miedo a su tacto. Después de eso, noté que empezó a usar base de maquillaje. El jueves de esa semana llegué antes a la preparatoria y la vi retocándose el rostro en las sillas de afuera de la cafetería. Estaba terminando de cubrirse con una plasta unos rasguños en su mejilla derecha y, al pasar cerca de ella, en el espejo que la reflejaba advertí el vacío en sus pupilas, un vacío con el que empezaba a familiarizarme.

Por esos días volví a ver a Violeta en el parque. Corríamos juntas cuando nos encontrábamos y comenzamos a acompañarnos en las madrugadas, con los pájaros de fondo. Terminando de trotar estirábamos y la acercaba a su casa con el carro. Me contó que ya este semestre acababa la carrera. Me enseñó las fotos que se había tomado hace unos días con sus compañeros de graduación y ahí estaba otra vez: en la fotografía de la chica con birrete y toga se observaba un vacío que identifiqué inmediatamente: era el mismo que veía a diario en Ana y el que había percibido en mi vecina el día que llegó la policía al

edificio. También me mostró fotos de su mascota y algunas con su novio; pero de todas las fotografías, solamente en la de la graduación era en la que había notado algo diferente en sus ojos. Guardé para mí aquel descubrimiento y pasé parte de mi día tratando de encontrar explicaciones racionales para lo que sea que había ocurrido. Después de darle muchas vueltas en mi cabeza, dejé de hacer suposiciones y continué con mi vida.

Sin embargo, lo que había descubierto me seguía en contra de mi voluntad: si me subía al metro y me encontraba con la mirada de alguna mujer, podía ver si tenía o no lo que empecé a nombrar “un vacío en sus ojos”. En la escuela me sucedía lo mismo: si observaba los ojos de las chicas a las que me encontraba en el camino, podía separarlas en mi cabeza por las que tenían esa oscuridad inexplicable en sus ojos.

Un día llegó de sorpresa Caro, una de mis amigas. Tocó el interfón y le abrí inmediatamente. La recibí en fachas y con un chongo improvisado. Lo grato de su visita desapareció en cuanto le abrí la puerta de mi departamento y su rostro me golpeó como un balde de agua helada: tenía el vacío. La invité a pasar y preparé lo que sabía que tomaba: un moka sin azúcar y yo me hice un té chai *latte* con miel. La noté rara: no dejaba de jugar con sus anillos de plata y se la pasaba acariciando su cabello. No se tardó ni veinte minutos en hacerme una confesión:

tenía algo que decirme y necesitaba que no le contara a nadie más. Dejé de tomarle a mi té, como señal de que entendía la gravedad del asunto, y también traté de no sostenerle la mirada, porque no podía evitar quedarme absorta ante lo que inexplicablemente veía. Mientras la escuchaba, trataba de comprender a qué se debía eso que se quedaba como denso y pesado en sus pupilas sin brillo. Me dijo que estaba embarazada. Casi me voy de espaldas por la noticia: Caro no me llevaba más de tres años, apenas iba a cumplir 21 años en diciembre. Las dos sabíamos que éramos muy jóvenes para ser madres y ninguna tenía esos deseos de maternidad que supuestamente todas las mujeres debíamos tener como por arte de magia. Me pidió que la acompañara a una clínica para abortar y le dije que sí. Apenas llevaba tres semanas de retraso, así que el tiempo no estaba en su contra.

Ya en el lugar, entré con Caro y me dijo que no le soltara la mano. Fue lo único que me pidió y fue lo único que hice. Cuando ingresó al consultorio, me quedé sentada en la sala de espera. Comenzaron a llegar más mujeres, la mayoría acompañadas de lo que parecían ser amigas. Ninguna iba con un hombre. Todas esperábamos en silencio a que nuestra conocida saliera del consultorio. Las que salían más rápido probablemente habían requerido una pastilla y no tendrían mayores molestias. Tan sólo en el rato

en que estuve ahí conté más miradas sin luz que las que había notado hasta entonces: las chicas que habían entrado a consulta tenían ese vacío y la mitad de sus acompañantes, también. Ver eso me dio una especie de explicación: seguramente eran mujeres a las que habían golpeado o maltratado o hasta violado; eran mujeres heridas y yo podía ver que las habían lastimado. Lo más sorprendente fue observar en la sala de espera a una niña que tendría menos de 15 años. La acompañaba su madre y ambas tenían esa pesadez en los ojos. Ni siquiera me atreví a pensar en lo que había pasado esa pequeña. No desprendía ni felicidad ni paz, solamente una sombra infinita.

Me acostumbré a mi nuevo sentido. Decidí no contarle a nadie de mi talento, ni siquiera a Caro o a mi madre. Realmente era algo que ni yo terminaba de entender. Al único al que estuve a punto de decirle fue a Carlos. Comenzamos a salir en mis primeros años de la facultad. Era mi primer amor y en verdad me cuidaba, me quería y me procuraba.

Una noche en que él se había quedado a dormir conmigo, me desperté al sentir que me faltaba el aire. En cuanto abrí los ojos, vi a un sujeto a punto de subirse en mí. Traté de gritar, pero su mano me tapaba por completo la boca, lo mordí con todas mis fuerzas y el idiota sólo parecía excitarse con mi resistencia. Sentía su pene erecto entre mis piernas, mientras trataba de alzarme el camisón; su mano libre me lastimaba al tocarme, me rasguñaba y su asqueroso

sudor caía en mi cara. Carlos no estaba junto a mí en la cama, no sabía qué había pasado con él. Durante el forcejeo miré desesperada por la habitación hasta que di con lo que me pareció la silueta de sus pies en el pasillo: había un charco de sangre. No pude hacer más, porque el tipo de ojos grises que me veía con lujuria me golpeó en la cabeza con una pistola y, entonces, creo que perdí el conocimiento.

Desperté en el hospital. Me incorporé con mucha dificultad. Me dolía el cuerpo. Toqué mi cabeza y sentí una capa de vendas. En ese momento alguien me dijo que Carlos estaba muerto. Empecé a llorar. No podía parar. Jamás volvería a verlo. Me sentí caliente, todo el cuerpo me ardía, pero me levanté de la cama y caminé hacia el baño. Me tomé del lavabo para detenerme. Todo estaba borroso y sentía que el cráneo me punzaba. Cerré los ojos. Respiré. Los abrí. Primero distinguí el azulejo del piso del baño, luego mis pies. Empecé a subir la mirada al espejo. Ahora yo también tenía el vacío.

NO LAS MATES

GUILLERMO VARGAS

Cuando me fui a la cama no sospeché que a la mañana siguiente aparecerían. Eran extrañas, pequeñas y repulsivas. Las vi en el piso de la cocina caminar ordenadas y arrasas con todo. Mamá no sabía de dónde venían, pero ya sospechábamos de ellas porque todas las mañanas el bote de miel aparecía más vacío que el día anterior sin que nadie comiera de él. Pasaban entre la goma que cerraba el

refrigerador, subían hasta la alacena y se escabullían entre las galletas que eran para las visitas. Poco después se duplicaron. Con miedo, tratamos de vivir como si no pasara nada. Pensamos que con un poco de insecticida desaparecerían.

Valentina me contó que le recordaba a un cuento de Julio Cortázar, “Casa tomada”. Para no pasar como ignorante, esa noche leí el cuento dos veces en un libro que ella tenía, porque a la primera no le entendí. Tal como lo predijo mi hermana, la casa fue menos nuestra y más de ellas.

En el desayuno aparecían en el plato de cereal, en la fruta y hasta en la comida salada. La estufa, el lavabo y las alacenas se volvieron inservibles. Las botellas, los refractarios y los frascos no eran impedimento, siempre sustraían lo que querían. Llegamos a tal punto que la cocina quedó clausurada por mamá: ni ella ni nosotros podíamos entrar. Compramos una estufa portátil que pusimos sobre la mesa del comedor junto con algunos trastos que lavábamos en tinas con agua. Una tarde llegaron hasta los platos sucios que mamá había dejado tan sólo unos segundos antes.

Nunca sospechamos que nos atacarían por el techo. Caminaban en fila y nos miraban desde arriba, esperaban a que durmiéramos. A la semana siguiente el comedor era inservible. Su gusto por el azúcar y las migajas de pan había cambiado: ahora

disfrutaban comer la madera del comedor, las sillas y la vitrina que, según mi mamá, había pertenecido a mi bisabuela. Esa vez tardaron dos meses en consumirlo todo. El día que mi mamá vio lo que quedaba de su comedor se puso a llorar.

Sabíamos que no faltaba mucho para que llegaran a la sala y a las habitaciones. En esos días mamá tomó todas las fotos y recuerdos que tenía en la sala, y las guardó en un baúl de cobre que estaba en su cuarto. Entre lo que guardó estaban unas fotos mías, de mi hermana, de mi papá tres días antes de morir, y de nuestros abuelitos; además guardó su colección de figurines de porcelana que alguna amiga le había traído de Francia años atrás. Nos dijo que le diéramos nuestras cosas para guardarlas. No le entregamos nada, pensábamos que exageraba.

Devoraron la sala más rápido de lo que habíamos pensado. Tomamos la decisión de levantar un muro en la puerta que conectaba la sala con el pasillo principal y las habitaciones. Como Dios nos dio a entender, hicimos la barda. Antes de que selláramos la pared, mi mamá vio los tejidos que dejó del otro lado; Valentina, la consola en la que muchas veces escuchó los discos de Agustín Lara con mi papá; y yo supe que jamás sentiría ese placer al llegar de la secundaria y acostarme en el sillón a dormir con la luz del sol dándome en la espalda.

La barda había sellado una tregua que duró muy poco. Quizá para ellas, por su tamaño, fueron años o quizá siglos, pero para nosotros tan sólo tres meses. Su alejamiento de nuestras vidas las volvió más fuertes, comían materiales más duros y con más rapidez. Una comitiva con cientos de ellas fueron las que traspasaron la barda una noche de abril. Parecía que el calor de la primavera las había multiplicado. Primero fue un hoyo que tapamos con un poco de yeso, pero ya estaban de nuestro lado; no tardaron en atravesar el resanado de la pared.

En el pasillo no encontraron nada interesante. Empezaron por la habitación de mi hermana. Saborearon todas las páginas de los libros que tenía en su estante. Con la misma gula engulleron sus apuntes, vestidos y zapatos. Una tarde, cuando llegó de la facultad, entró a su cuarto y se percató de que se habían comido todo excepto la única fotografía que tenía. En ella estaba sonriente a lado de un sujeto muy alegre. Eran Joan Manuel Serrat y Valentina. Esa fotografía la había tomado uno de sus amigos de la escuela en un concierto y ella la guardaba como su más grande tesoro. Una noche antes de que papá muriera, ella le enseñó la fotografía y él le respondió que podía decir que era su hermano, su tío o hasta su padre. Todos nos reímos cuando Valentina le dijo: “Papá, prefiero decir que es mi novio”. Ellas empezaron a morder poco a poco la orilla del papel

fotográfico. Valentina corrió a arrancarla de la pared y salió rápidamente. Se habían pegado en su suéter. Tuvimos que quemar su ropa y dar por perdida la habitación. Valentina decidió guardar su foto en el baúl.

Años más tarde me confesó que no rescató la fotografía por Joan Manuel Serrat, sino por lo que papá le había dicho.

Una noche desperté por el calor y fui a refrescarme la cara en el baño. Cuando subí la mirada al espejo y me di cuenta que ya estaban ahí: el jabón estaba lleno de ellas. Después empezaron a comerse los muebles del baño. Otra habitación había caído. Desde ese momento empezamos a usar el del cuarto de mamá.

Un día al llegar de la secundaria me di cuenta que era mi turno. Se comieron la puerta de mi habitación, mi colección de Memín Pinguín y Condorito, una fotografía de Acapulco que tomé con la cámara de mi papá y la imagen de una mujer desnuda que recorté de una enciclopedia, con la cual solía masturbarme cuando no había nadie en casa. Esa noche me quedé con mi mamá y Valentina. En ningún momento pensamos que llegaríamos a quedar así: aislados en una sola habitación.

Mamá no quería pedirle ayuda a nadie; tampoco moverse de su casa.

Pasaron tan sólo días para que comenzaran a entrar sigilosamente a la última habitación. Durante semanas supieron esconderse debajo de la cama, de la cabecera y en las esquinas del cuarto. El día que nos dimos cuenta que llegaron ahí estábamos dormidos. Desperté con una sensación que no puedo olvidar: una ligera comezón en la punta de los dedos y los codos. Conforme desperté sentí que subían lentamente por mis brazos y se metían por la playera a mis axilas. Me paré, grité y salimos corriendo.

Mi mamá quiso recuperar su baúl, pero por el peso no pudimos sacarlo. Esa noche, en la entrada de la casa, se puso a llorar. El baúl era el último recuerdo que tenía de mi padre: en él archivó todas las cartas de cuando eran jóvenes, cuando nació hermana sirvió para guardar su ropa y, a últimas fechas, mi papá ahorraba en él su dinero. Hasta hace unos años, me confesó que sólo quería el baúl por toda la historia que había tenido con la familia. Al fin y al cabo era una baratija que había comprado en La Lagunilla cuando era joven.

En medio del frío de la madrugada mi mamá, luego de tanto negarse, decidió aplastar a una de ellas que salía a la calle. Su pantufla la aplastaba con tanta fuerza, rabia y llanto que no se daba cuenta que la había matado a la primera pisada. Yo por ser el más chico de la casa nunca decía nada, pero ese día le dije “No las mates”. En su mirada supe que recordó esa mañana de agosto en la que papá salió a dejarme a la escuela, antes de ir a su trabajo. Ese día mi

mamá le pidió que pisara un grotesco insecto que se había metido a la cocina. Papá se negó. No supimos que ese insecto tan diminuto y extraño sería una de ellas. “Oye, si alguien me aplastara, ¿tú qué harías? ¿Dejarías de pisar inocentes? Sólo se cruzaron en tu camino, están siguiendo el orden de su vida”, le dijo con esa mirada tan seria y apacible que tenía mi padre. Todos reímos. Luego de dejarme en la escuela, un aparatoso choque a dos calles de su trabajo hizo que un camión se volcara. Papá estaba en el lugar y momento equivocados. El camión le cayó encima. Desde ese día mamá nunca volvió a pedirnos que pisáramos un insecto. Es curioso, porque si papá hubiera pisado el insecto, habría tenido que recogerlo y tirarlo a la basura: en eso habría perdido treinta o cuarenta segundos. Yo hubiera llegado un poco más tarde a la escuela y él al trabajo. El choque le habría tocado a alguien más, o quizá nunca sucedería. Gracias a la pisada de papá, la plaga no se extendería por toda la casa. Mamá no tendría que cuidar el baúl. No lloraría. No lo seguiría esperando. Valentina tendría intacta su fotografía con Joan Manuel Serrat. Y yo me hubiera masturbado más veces con esa joven mujer que ilustraba la enciclopedia. Pero eso ya era imposible.

Esa noche nos quedamos con unos tíos, y así seguimos durante meses. Cuando regresamos, semanas después, la casa se había desmoronado. No

quedaba nada. Al acercarnos sólo vimos escombros, parecía que la plaga nunca hubiera existido. Entre el polvo y los tabiques, mamá encontró su baúl entero. Dentro quedaban todos los recuerdos y objetos que decidieron proteger. A esas horas yo buscaba alguna cosa mía. Por mi espalda, como una lengüetada del diablo, sentí el sol como cuando me acostaba en el sillón al llegar de la secundaria. Había encontrado lo único que había perdido.

SE ATORARON LAS VELOCIDADES

VERÓNICA ZÁRATE ROSALES

Llueve como si desde arriba vaciaran cubetas, aquí, en donde también se vacían pistolas como si las balas fueran gratis.

—Son las 11:42 pm— dice la radio con su voz sensual.

El sujeto que maneja el taxi me mira de reojo, lo percibo y abotono más mi blusa. Yo sólo le miro las tres cicatrices sobre la mejilla derecha, es el único lado

de su cara que veo, ¿habrá nacido con el semblante de asesino o será que se le fue poniendo así amén de las acciones?

Es torturante esta ruta a casa, han encontrado piernas y manos sobre la carretera, regados, como si fueran los dulces de una piñata reventada.

Saco con discreción mis tres billetes de \$500, me los escondo entre la piel y la cintura del pantalón, es quincena y el taxista me sigue mirando.

Recuerdo de pronto todas las historias de asaltos, pero eso me parece un cuento de amor comparado con las chicas desaparecidas.

Siento escalofríos, no sé si por la lluvia o por el chofer.

—¡Por fin alguien más!—, pienso. Un ente con un halo espectral hace la parada bajo la levedad de los faros, el chofer se detiene.

—¡No, por Dios, otro tipo con cara de verdugo!— me digo.

Yo estoy sentada en el asiento de adelante y el nuevo pasajero se sentó detrás de mi espalda, no lo veo ya, pero casi lo siento sobre mí, no ha dicho ‘buenas noches’ al subir, vamos en total silencio, la radio también enmudeció.

El taxi es viejo, parece que se le caen las piezas con cada rodar de las llantas, faltan unos quince minutos para llegar a casa, sin duda me voy a mojar, pero bajar de aquí es todo lo que quiero.

Nos hemos detenido, por fin, conozco la voz del chofer.

—Se atoraron las velocidades— dice. Siento el corazón que se me desborda con esas palabras, es seguro que no estaré en casa en el tiempo calculado.

—¿Ese, y ahora qué?— replica el otro pasajero. Yo no digo nada, necesito marcarle a mi madre.

—Hasta aquí llego, es imposible arreglar el carro, esperen otra ruta—, sentencia el chofer.

Quiero llorar.

Una mano cínica irrumpe mi angustia, me presiona la boca desde el asiento de atrás, no puedo gritar, mis lágrimas ya se desbordan más que la lluvia de afuera. Una pistola se asoma sobre mi hombro — es verdad que la vida se ve pasar en un momento—.

La mano cínica se va transformando en todo un cuerpo completo que se mete entre los asientos. El tipo es ahora un verdugo declarado.

Los botones de mi blusa vuelan.

El chofer se baja por petición del arma.

EVANIBALDO

OCTAVIO SOLÍS

*Los hombres usan máscaras para embellecerse.
Pero a diferencia de la mujer,
un hombre busca ser bello,
siempre con un deseo hacia la muerte.*

Mishima

*No hay más que un problema filosófico
verdaderamente serio: el suicidio.
Juzgar que la vida vale o no la pena de que se la viva
es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.*

Albert Camus

I

Lo único que verdaderamente anhelaba era morir-se. Sus amigos le decían el Cuasi, y no sin razón. Su aspecto era muy parecido al tristemente célebre personaje de la catedral de *Notre Dame*. De baja estatura, con una leve joroba en la espalda, aunque la peor parte de su aspecto se concentraba en sus manos; apenas tenían forma para sostener el volante y la palanca de velocidades. Lo mínimo para poder conducir su taxi en las noches, porque según él, era cuando menos se notaba su fealdad.

No tuvo, a pesar de lo que pudiera parecer, una infancia privativa de amor; pero para Evanibaldo eso no fue suficiente. Su deseo de morir empezó desde el momento que entendió su destino marcado con tan terrible aspecto y es que, a pesar de que sus ojos tenían un brillo que sólo la inocencia otorga, su composición desencajaba con el resto de su cara, sobre todo con su dentadura desaliñada y protuberante.

¿Creía en Dios? Sí, no por fe, o por necesidad de un arquitecto del universo, sino que, para él, sólo un ser todo poderoso podía haber planeado semejante dolor concentrado en la existencia de una persona. Su extrema timidez le agregaba un toque de

misterio a su desgarrada figura y de paso ahondaba su imposibilidad de conseguir mujer. Algo que, tal vez, hubiese mitigado su ansia de morir.

El camino corto era el suicidio. Su problema había consistido en no odiar o amar suficiente la vida. Nunca estuvo convencido de que el suicidio fuese una salida fácil ni un acto temerario. Eso lo mortificaba aún más, saberse indeciso en algo tan vital, como si se marchitase y no pudiese morir jamás. Vivía una soledad en permanente huida; su taxi era el disfraz perfecto. La gente con prisa apenas observa lo que está a su alrededor, mientras que él podía mirar por el retrovisor con esos ojos penetrantes y esquivos.

II

Esta historia empieza hace apenas tres meses, en una de tantas noches, sin la cual, todas juntas serían sólo una; la monotonía borra las fronteras entre lo anhelado y lo acontecido. La única forma de reconocer lo grandioso es en un instante; suficiente para correr hacia esa nueva luz. Así fue con Evanibaldo cuando la conoció en su taxi, pues no había otra forma de conocerla.

Rosa tenía un peculiar encanto, sin ser hermosa provocaba siempre una alegría al verla. Había aprendido muy pronto el valor trascendental de lo simple, mejor dicho, lo que comúnmente se considera sim-

ple. Su desbordante convicción por vivir iluminaba con fuerza sus ojos. Con poco más de veinte años había logrado conservar parte de su capacidad para sorprenderse. Su sonrisa era frágil; a la menor provocación hacía relucir su rostro suave.

Su historia se resume en que a sus 18 años conoció a Carlos en una parada de autobús; la casualidad llevó a esas dos almas a amarse fervorosamente. De eso ya tenía varios años, no muchos, pero los suficientes para dejar ver las grietas de un amor apolillado. La diferencia de edad les había cobrado la factura, a pesar de que Carlos siempre le hizo ver la imposibilidad de un amor donde él no podía darle un futuro y ella un pasado.

Su curiosidad por conocer otros cuerpos la había llevado a la casa de Gilberto, amigo común de ambos. Rosa nunca pudo dominar su naturaleza seductora, aunque no había dejado de amar por completo a Carlos. El engaño fue su salida fácil, aunque igual que el suicidio para Evanibaldo, no terminaba de convencerla, la diferencia es que podía ensayarlo sin que el éxito representase el fin de su existencia. No tenía prejuicios, tan sólo una firme convicción de amar que se había dilapidado lo suficiente y liberado el deseo hacia Gilberto, fomentado en miradas discretas, cómplices. Vivía sumergida en un infantilismo tan violento y naif como suelen ser los niños.

Aquel día que Evanibaldo la conoció acababa de salir del departamento de Gilberto. Caminaba con prisa, apenas consciente de su realidad inmediata. Después de dos cuadras vacías de gente, le cayó de peso su soledad, compartida con el retumbe de sus pasos. Apareció entonces un taxi. En esta ciudad siempre aparece un taxi. Decidió tomarlo. Cuando abordó sólo dijo el lugar a donde debía llevarla el conductor. Él observaba con detenimiento sus ojos vivaces a punto de caer en llanto, los cuales apuntaban hacia la ventana de su lado; reconoció en su rostro la consternación de quien carga la culpa.

Tantos años a costas con ella, Evanibaldo podía incluso olerla a distancia. La culpa tiene la característica de convertirnos en enanos, en sus siervos, aunque su origen sea el timorato deseo de ser mártires o divinidad caída en desgracia.

Fue todo el conjunto de aquella mujer que lo hizo enmudecer. Había una complicidad en ambos, en ese breve espacio en movimiento, a pesar de que para Rosa significó apenas ver unos ojos inquietantes, después de sentirse observada con tanta insistencia. No pudo evitar sentir compasión por aquel personaje. Decidió cruzar palabras:

—¿Trabajas todo el día, o sólo en la noche?—, le inquirió ella, como si con esta frase regresara de algún sitio reflejado en la ventana del auto.

—Sólo en la noche—, respondió el conductor en automático.

-Mmm, ya. ¿Y eso? ¿No es más peligroso a esta hora?

-Depende.

-¿De qué?

-Del lugar donde recojas pasaje—. Hubo una pausa incómoda, un poco larga.

-¿Y aquí no es peligroso entonces?

-No.

El silencio se apoderó del lugar. Se convirtió en un pasajero más. Rosa desistió de la plática, Evannibaldo enmudeció. Siempre supo que el amor de su vida podría pasar junto a él y no sería capaz siquiera de hablarle; sin embargo, esta vez su cobardía encarnó en el cuerpo de Rosa. Se lamentó de inmediato, pero no pudo hacer nada más que eso. Llegaron al destino solicitado, ella pagó su servicio, se bajó con un amable, indiferente, rutinario e hiriente “gracias”. Su figura se desvaneció en medio de la noche. Tardó por lo menos un par de minutos antes de arrancar para ver dónde vivía. A esa hora era poco probable que no fuese a su casa, pero sólo pudo ver el callejón donde se perdía su figura.

Quedó prendido de su imagen. Olvidó incluso por largos momentos su deseo de morir. Se dedicó siempre a recorrer las mismas calles, a la misma hora, para perseguir su fantasma, a ver si la casualidad lograba volver a encontrarlos. Conocerla fue un respiro; buscarla, alimento.

La debilidad de su empeño por volver a verla radicaba en que los pasos de Rosa aquella noche no eran una rutina. En esa ocasión, minutos antes de salir exasperada, había sucumbido a las caricias de una mano que no era la de Carlos. Su cuerpo quedó suspendido entre el temor y el deseo; decidió huir ante su propia trampa.

Gilberto la dejó salir, él sabía esperar, esa era su especialidad, su reino, donde aprendió a gobernar con tiranía. Acechó a su presa hasta conseguir cazarla. El amor es un arma de destrucción creativa. Nadie logra permanecer en él durante mucho tiempo. Es entonces la costumbre la principal protagonista de una escena que no termina y que anuncia siempre su fatalidad. “Regresará”, se dijo Gilberto.

III

Carlos no la sumergió a su mundo, ni ella hizo algo semejante, por lo contrario, crearon su mundo aparte, alejados de cualquier pretensión futura; tan sólo habitaron un presente huérfano de un pasado. Ninguna otra cosa les pertenecía. ¿Era esta una deuda con el destino? Gilberto llegó para cobrarse todo lo perdido, lo ignorado, la soberbia con la que habían esculpido su amor. También en el presente se desvanece la vida cuando no hay camino hacia atrás o hacia adelante; sin embargo, ese momento que con sólo imaginarlo helaba el cuerpo de Carlos, se encontraba frente a él.

Siempre intuyó el veredicto final de un tiempo medido en granos de arena. Aceptó su afrenta por el tiempo que juntos lograron construir, ese tiempo que no se cuenta, que sólo provoca vértigo, sin el cual la certeza de estar vivo queda petrificada en un frasco de alcohol. Antes de irse a vivir juntos, dudó un par de días y al final, verla perder la razón fue suficiente para que él también apostara todo por ella. El secreto de un amor sin futuro, radica en la única certeza posible: saltar juntos al vacío.

IV

Era poco probable volver a verla. Eso lo supo Evannibaldo desde el inicio de su búsqueda y sin cejar del todo en su empeño, con los días empezó a amalgamar la idea de convertirla en una imagen borrosa de su pasado, no más. El deseo es una fortaleza inexpugnable, que únicamente firma armisticios temporales. Surge y se consume sin responderle a nadie.

En esa disyuntiva se encontraba cuando volvió a ver su silueta cerca de las mismas calles, no tan tarde como la otra noche, en dirección opuesta, con un andar menos inquietante, con esos pasos de párvula tan naturales en ella. La imagen repentina tan sólo le permitió desacelerar el carro para seguirla, ubicar el lugar a donde iba y esperar. Rosa entró al departamento de Gilberto, cuando éste abrió la puerta fue recibida con un “hola” y una sonrisa disfrazada de mueca.

“Pasa” le dijo ya de espaldas camino a la cocina “siéntate”. Regresó a la sala con una copa de vino por terminar y para justificar su ética soledad arremetió con un “te estaba esperando. Pensé que no volverías, te fuiste muy alterada la otra noche ¿Quieres tomar algo?” Ella asintió con la cabeza. Se sentó a su lado, no hablaron. El ritmo de su respiración anticipó la entrega del beso no cedido la otra vez. La suavidad de sus labios anunció más que el beso. No era virgen pero de igual forma desfloró su alma entregada a un sólo hombre. Luego se hizo un profundo silencio.

Al cabo de un rato la vio salir del edificio, calculó el tiempo que haría para cruzar la calle y exactamente cuando llegó a la esquina ofreció llevarla con un cambio de luces. Rosa dudó pues no quería tomar un taxi, pero reconoció la desgarrada figura del conductor y le sorprendió tan curiosa coincidencia. Así que decidió tomarlo.

—Hola, buenas noches— fue el primer dardo lanzado por Rosa en el interior del coche.

—Buenas noches— alcanzó a decir el conductor.

—¿Esta es su ruta de costumbre?

—Sí.

“Qué raro volverlo a encontrar. En una ciudad que más bien es una megalópolis”. En el instante en que pronunció la última palabra, no pudo evitar evocar el momento justo en que la escuchó por pri-

mera ocasión: Carlos sentado de lado en una silla de un café del centro, con la pierna cruzada, la mirada puesta en los ventanales y el acceso del lugar; su posición predilecta en una conversación de cualquier lugar público. Un leve frío recorrió su cuerpo al mismo tiempo que brotó en su pecho un dolor soportable pero acusatorio.

“Es que se me hace curiosa esta coincidencia”. Esta vez prefirió salirse de sus pensamientos, escaparse de sus juicios morales que inevitablemente habrán de trepar como enredadera por todo su cuerpo, pero por ahora, no era el momento.

Evanibaldo supo que algo en ella había cambiado para siempre, sus ojos ya no cargaban el mismo deseo de ser sorprendidos, ahora eran más esquivos. La culpa no rondaba, era ya una compañera. También supo que tenía que contestar rápido para justificar tan extraña coincidencia.

—No se crea, a pesar de que esta ciudad es muy grande, sucede cada cosa. Si le contara todo lo que he visto.

—¿En serio? Oiga, pues cuénteme una de esas historias.

Por un momento sus ojos se cargaron de brillo, se movían raudos como si buscaran la historia del conductor. Volvió a ser aquella niña, aunque sin inocencia; cuando ésta se pierde, jamás se recupera.

Evanibaldo empezó a contarle una historia fic-

ticia; una sin desproporciones para ser creída. Una de tantas que en las largas horas de trabajo había imaginado, todas claro está, siempre eran detonadas por hechos reales como haberla conocido a ella. Sólo que con ella prefirió que fuese una historia real, por lo menos para lograr un final, pues ninguna de las otras tenía uno. Un final es siempre el principio. Algo que nunca empezó no puede jamás concluirse.

—¿Vamos al mismo lugar de la otra noche?— preguntó el taxista.

—Ah sí claro, vamos al mismo lugar ¿Se acuerda cómo llegar?— él asintió. Continuó con su historia. Se detuvo en algunos detalles para evitar llegar al final inexistente.

—Es por aquí, ¿no?

—Un poco más adelante, ahí donde está ese coche azul, exactamente atrás de él, oiga, pero ¿y luego qué pasó?

—Otro día le cuento. Le dejo mi tarjeta, también doy servicio ejecutivo. Me puede llamar a cualquier hora, sin importar el día.

—Gracias. Ojalá nos volvamos a ver para que me termine de contar su historia.

En esta ocasión terminó más conforme, le pareció un gran encuentro, nunca supo que el interés que Rosa había mostrado era el resultado de una repentina evasión, la huida de la imborrable sombra de su primer amor. Bien podía esperar a que le lla-

mara o regresar en su búsqueda entre las mismas calles. Decidió lo primero, pues qué sería de la vida sin aquellos signos que anhelamos encontrar al doblar una esquina, para mostrarnos el sentido de nuestro camino.

V

Desde hacía varios días que el temor de Carlos se había instalado en su casa. Dormir ahora con la presencia intuida de alguien más empezó a carcomerlo. Siempre supo que llegaría ese momento, incluso creyó estar preparado, pero para lo que nunca has vivido, jamás lo estás. Así que únicamente se dedicó a maldecirse por no reconocer lo que legítimamente Rosa tenía derecho a vivir. “Es injusto que ella conozca a un sólo hombre en toda su vida” se decía insistentemente, pero nada podía detener su creciente dolor en el pecho. Toda su razón terminó por convertirse en una pálida imagen, en una voz en *off* que resuena pero no tiene sentido.

Empezó a observarla con mayor detenimiento. Hurgar entre sus gestos faciales aquello que sus ojos dejaron de decirle, lo que su boca dejó de pronunciar. No cabe duda que Rosa se había convertido en una chica astuta. De alguna forma, no podía evitar verla como su propia creación. Eso pensaba precisamente cuando le anunció una salida imprevista para ver a una amiga. Evanibaldo recibió “la llama-

da”. Era Rosa para solicitar su servicio de taxi pues le pareció un signo de buena suerte aquella curiosa coincidencia.

—Te llevo— le dijo Carlos.

—No, está bien, he pedido un taxi. Nos vemos más tarde, seguro no me tardo, aunque no sé cuánto exactamente, ya sabes cómo es esto de ver a una amiga que hace mucho no he visto.

Cogió sus llaves y salió con la tonada de una canción que Carlos no pudo reconocer pero ya odiaba. A unas calles de ahí estaba Evanibaldo a la espera de su arribo, puntual, fiel.

—Hola. Gracias por venir. Nunca pido un taxi a estas horas pero como me diste tu tarjeta, ya conoces el lugar a donde voy, me caíste bien y además me debes el final de tu historia.

—Mejor le cuento otra. Tengo muchas anécdotas.

—Tutéame, ni que fuera una señora. Yo preferiría escuchar el final de la que no terminaste, pero como quieras.

—Mejor otra— insistió el conductor. Empezó a narrar algunos detalles, con mayor colorido que la anterior. —Entonces ¿la llevo al mismo lugar donde la he subido?

—Por favor.

En el trayecto, ambos se sumergieron en una plática sin propósito alguno. Rosa tenía una ansie-

dad no tanto por llegar como por guarecerse de su propia conciencia. En ese momento supo que Evanibaldo era un personaje con una fuerte nostalgia, con cierta sabiduría de quien ha dedicado buena parte de su vida a observar a los demás. Su manera de hablar y la forma de mirarla dejaron entrever una sensación de incertidumbre. Tal vez volver a verlo no era una casualidad, sino un mal augurio, incluso algo peor, un taxista obsesionado con ella. El hecho de que recordara con exactitud su domicilio y lo haya encontrado en horarios distintos, cuando él le había dicho que trabajaba en las noches, ya no le pareció tan circunstancial.

Cuando llegaron al lugar, Evanibaldo le preguntó si requería de su servicio más tarde. Su pregunta resultó un ancla que fue a parar al fondo de su desconfianza. Carlos le había insistido siempre en “aprender a ir detrás de la intención de las palabras”. Dudó un segundo parada junto al auto “no será necesario” le dijo. Cerró la puerta y se alejó.

VI

El segundo encuentro siempre resulta revelador; aún no se conoce realmente al “otro” y, sin embargo, aparecen gestos anticipados sin que la torpeza abandone las maneras de tocarse. Parecido a estar en un ondulante puente con un fuerte impulso por atravesarlo. Nuevos roces por descubrir, paisaje ig-

noto. Rosa no se percató de su mermada culpa hasta que se reconoció en los brazos de Gilberto. La culpa jamás desaparece, sólo muta. Salir del departamento de Gilberto fue suficiente para desatarla; sus pasos hacían su cuerpo más pesado y la culpa más grande, y a pesar de ello, prefirió caminar un buen rato.

Evanibaldo la esperó, cuando salió del edificio la siguió a una considerable, luego discreta distancia, hasta verla subir a otro taxi. Carlos la esperaba en el lugar de siempre justo a la Hora Gris del día, anticipándose al arribo de la noche. A distancia pudo observar que la pareja discutía. Sintió una fuerte compasión por Carlos y al mismo tiempo ansiedad por conocerlo. Sabedor de que él representaba una parte importante de la vida de Rosa.

Carlos no recordará nunca ese instante que dio a conocer la palabra megalópolis a Rosa, ni su pierna cruzada; seguro que el lugar donde aconteció sí, tal vez su cerveza, pero lo que nunca podrá olvidar es la espontánea sonrisa que le brotó a ella cuando le contó de su afición por las pequeñas libretas. Con sus ojos dirigidos hacia la puerta, evasivos, no de vergüenza, sino de un pudor nuevo, ajeno al mundo fuera de ellos. Fue ahí que supo del amor por ella. En los detalles germina la grandeza.

Evocar aquella escena hizo más grande el dolor. Aquel momento fue de ambos desde que intuyeron la urdimbre de un mundo propio, con sus miradas,

caricias encriptadas para los ojos ajenos. Fue también la peor prisión, pues salir de ahí significa matar lo construido.

VII

Fue cuestión de tiempo para que Evanibaldo conociera a Carlos. No era difícil seguir su rutina, aunque el reto consistió en que se subiera precisamente a su taxi. Sabía por ejemplo, que los martes le presta el coche a Rosa y que debe caminar unas cuantas calles para tomar el transporte público. Cuando abordó su auto no pudo evitar mirarlo con inquietante curiosidad, aunque él no se percató de ello, incluso hubo un entendimiento espontáneo entre los dos, casi natural. Sucedió algo muy parecido que con Rosa. El pasajero sintió una suerte de conmisericordia por la fea figura del conductor, quien parecía mostrarse transparente al instante. Intercambiaron algunas indicaciones de cómo llegar y hacia dónde ir, sobre el clima, la ocupación y la rutina de ambos. Esta vez, Evanibaldo trató de ser más listo y se despidió con la sentencia de que ese era su recorrido habitual, por lo que probablemente se volverían a ver, como en efecto fue a la semana siguiente. Para entonces la pesadumbre de Carlos se había instalado en su rostro, en el ceño fruncido; aquel que deja de doler porque la marca es permanente.

Se entabló una fuerte empatía entre ambos desde el primer cruce de palabras. Evanibaldo se sintió cómodo con la persona de Carlos desde el primer instante. Ambos reconocieron el dolor del otro convertido en una presencia innombrable, de complicidad obligada para olvidarlo a ratos. Su amistad fue instantánea. La rutina erige rituales, y éstos, certezas, lazos. Verse tres o cuatro ocasiones fue suficiente para procurarse una amistad que parecía de antaño. Evanibaldo asumió con seriedad lo que para él era una clara señal de su destino. Su conmiseración hacia Carlos le hacía olvidar a ratos su condición y malestar de inframundo.

Supo entonces lo que tenía que hacer. Restablecer el equilibrio entre esas dos almas atormentadas. Su obsesión hacia Rosa lo había llevado a vivir una historia de amor como espectador, una suerte de voyerismo sentimental.

VIII

Rosa no alcanzó a reconocer la figura de aquel extraño taxista en el periódico sensacionalista que colgaba junto a otros diarios y revistas, pues no quiso detenerse a leer la nota del encabezado, para evadir cualquier designio; sin embargo, en esos mismos días, tampoco pudo evitar contarle a Carlos lo acon-

tecido con Gilberto. La verdad oculta siempre algo importante de nosotros. Es tan mojigata como la mentira. Se liberó de su culpa pero también destruyó su relación con Carlos, quien asumió la sentencia de un amor condenado.

Verla salir de su cuarto mientras se dirigía a la puerta con su última maleta, significó para él, principio y fin de un duelo soterrado, aunque también alivio por verla liberarse y un vacío inconfesable que lo desgarró por dentro. Conocía el camino que habría de recorrer para sublimar su ausencia. Aún así, el dolor lo llevó por veredas insospechadas durante largos meses de naufragio sin tormenta. Al cabo de un tiempo, largo, lento, su nombre dejó de doler. Lo que reconoció por el cruce espontáneo de su perfume en otras mujeres, sin sobresalto alguno.

La memoria tiene distintas maneras, la gran mayoría muy extrañas, de torturarnos, pero de igual forma, de señalarnos que hemos logrado, quien sabe cómo ni cuándo, la resignificación de lo vivido.

IX

Ambos acordaron encontrarse en aquel café del centro, su refugio. Cada cual con sus propias razones y motivos. Cuando Carlos entró la reconoció en la mesa del centro. En ese momento ya no importó quién hizo la llamada para citarse, ni sus cálculos

para no llegar puntual a pesar de serlo siempre, ni todas las historias pasadas, presentes o futuras de ella con otros hombres. Sus miradas discretas, sus sonrisas afables borraron cualquier impedimento por reconocerse como dos viejos amantes que se recuerdan con cariño.

—Hola, ¿cómo estás?— fue lo primero que soltó Carlos para desterrar el último obstáculo entre los dos: el silencio.

—Bien, ¿y tú? Le contestó Rosa en tono suave.

Charlaron de tantas cosas futuras y presentes, con la evasiva tácita de su pasado para rehuir de cualquier posible herida. Los dos sabían lo que hacían ahí, en ese mismo lugar donde ambos tatuaron su persona. Acudieron para liberarse uno del otro. Para perdonarse.

X

Tiempo atrás, cuando Evanibaldo empezó a seguir a Gilberto, descubrió que Rosa no era la única que lo visitaba. Que antes de subirlas a su departamento las llevaba a comer a un buen lugar para impresionarlas. Él sabía que Gilberto no subiría a su taxi; eso no era parte de su rutina, así que decidió acercarse un poco más y empezó a seguirlo a pie. De inmediato reconoció que aquel había acomodado su vida hasta reducirla a una cómoda rutina como coleccionista de mujeres.

Gilberto se percató muy pronto de la presencia de aquel personaje salido de algún breve cuento. Al inicio pensó que aquellos encuentros eran producto de la casualidad, pero no pudo evitar el prurito que provoca sentirse vigilado, perseguido. Así que decidió enfrentarlo. Después de comprar el diario en el puesto de periódicos caminó más lento, dobló en una esquina y se resguardó en el umbral de una puerta hasta que Evanibaldo cruzó frente a él; entonces lo sorprendió por la espalda mientras le decía:

—A ver cabrón, ¿quién chingados eres? ¿Por qué me andas siguiendo?— presionó su espalda con un cuchillo que tomó del restorán, donde había desayunado previamente.

—Tú, tú, tú tienes que irte, alejarte de ella— fue su respuesta titubeante.

—¿De qué madres me hablas?

—Aléjate, lárgate— gritó Evanibaldo.

—Pero si tú eres quien me anda siguiendo. ¿Qué te pasa? Maldito loco, imbécil.

Las miradas de los transeúntes se habían prostrado en aquellos dos personajes que forcejeaban. La vergüenza y el miedo se aposentaron en Gilberto, quien de inmediato lo alejó con un fuerte empujón.

—No la mereces jella es pura, es pura!— repetía el taxista mientras caía de espaldas, para después in-

corporarse, dar la media vuelta y perderse entre las callejuelas en rededor.

Empezó a correr de súbito, atónito. Su encuentro con Gilberto le había recordado su fatal destino que ahora lo encaraba en la mirada fría de aquel. Sus pasos lo llevaron directo a una avenida que cruzó desesperado, como si encontrara consuelo entre aquella estampida vehicular. Un golpe seco, antecedido por el rechinar de unas llantas en medio de una gran confusión de todos los que presenciaron la escena, fue el escenario perfecto de una muerte anhelada con la que Evanibaldo ofrecía un modesto gesto a la vida, sin más pretensiones que el olvido.

FANTASMA 1

NORMA GARCÍA

Los fantasmas nunca han sido algo que me preocupe, en realidad creo que en la vida se presentan fantasmas que afectan más nuestra vida, los del pasado son los peores, son los que generan vacíos en el corazón, mientras que en los cajones aparecen malditos objetos que despiertan recuerdos, de tardes solitarias, tardes negras como diría Tiziano Ferro.

Algunos de esos fantasmas se cuelan en tu cama por las noches, te roban el sueño y te repiten una y otra vez que un lado de la cama esta vacía, otros te dicen que la casa paterna es un nido vacío, no solo de pequeños pajarillos, sino también de los padres que se fueron a otro plano, aquel que no se puede visitar.

Otros fantasmas vienen desde la infancia, te hacen contemplar esa vitrina llena de chocolates que sueñas con algún día probar, aunque en el presente de tanto probarlos elevaste tu colesterol; hacen que no te olvides del olor de las castañas en diciembre cuando te llevaron a ver los escaparates y entregarle tu carta a Santa Claus, ese viejillo de pelo blanco que nunca logro llevarte los juguetes que pediste, tal vez nunca le llego tu carta o se perdió entre miles de todos los chiquillos que ansiosos hacían fila para saludarlo y recibir un caramelo con sus caritas llenas de ilusión.

Y el fantasma del amor, pero no de cualquier amor, sino aquel que surge desde la inocencia, cuando dejan de importarte las muñecas y las cambia por una mano cálida, una sonrisa dulce, una tarde de verano, de besos en el parque, de corazones agitados y emocionados en cada cita, en cada caricia que hacia estallar el pecho de felicidad, y luego la otra moneda; el final del sueño, de los, paseos, de las manos entrelazadas, de los sueños y promesas rotas.

Fantasmas de aquellos amigos que se adelantaron en el camino, compañeros de vida, cómplices de aventuras en el colegio, en sus ratos de ocio, coqueteando, bailando, jugando, con explosión de carcajadas en cualquier momento y en cualquier lugar y a ratos volverse un mar de llanto por la infancia perdida, por las ganas contenidas de pronunciar un nombre de alguien indiferente a un sentimiento surgido de la nada y que no fue correspondido y queriendo ser consolada por esa compañera de aventuras que se ha perdido en la distancia, en el olvido o ha pasado a una dimensión antes que tú.

Y que decir de los fantasmas de aquellas pequeñas criaturas, compañeros de infancia, de soledad, que te dan seguridad y confianza, con alma de ángel en cuerpo de gato, de perro, de pollito, de pájaro, de pequeños pececillos girando y girando en una pequeña pecera de la cuál saltaron al vacío dejando una estela de tristeza en aquellos pequeños sorprendidos por esa pérdida repentina. Bolas de pelo corriendo hacia ti, agitando su colita y saltando cada vez que aparecías en la verja y queriendo seguirte cuando te despedías en las mañanas rumbo al colegio. Y la tristeza de aquellos que desaparecieron en la nada, que salieron un día sin avisar y que nadie respondió a los avisos que pegaste por toda la calle con tu madre.

Los fantasmas familiares son los peores, se meten muy dentro y calan hasta los huesos, aquella madre cariñosa, siempre preocupada por que comieras sano, que durmieras temprano después de hacer tu tarea, de preparar ricas comidas de domingo y de paseos con portaviandas rellenas de arroz, huevo cocido y agua de limón. De hermanos sentados en la mesa, gritando, riendo, peleando, discutiendo, pidiendo más postre, más agua, llenos de vida y de juventud, perdida ahora entre tarros de píldoras, de ungüentos, de visitas médicas, de músculos débiles, vista cansada y con nostalgia de sus años mozos y de sus idas y venidas a la oficina, al despacho, a la fábrica, de viajes llenos de aventura de romance, de descubrimiento de lugares que quitaban el aliento. Y los buñuelos de la abuela, los romeritos en semana santa, las novelas interminables en donde se dormía plácidamente, pero se despertaba si cambiabas el canal. Y las cenas navideñas, llenas de luces de colores, de moños brillantes, del árbol de navidad, de cajas de regalos, de abrazos de besos y de recuerdos.

Estos entre otros fantasmas sí me atemorizan, porque cada vez que asoman por la puerta se me oprime el pecho, y lentamente se me llenan los ojos de nostalgia.

APRENDIZ DE BIOLOGÍA

ABRIL MÉNDEZ

Nora nació en una comunidad de Oaxaca con calles y solares de tierra; los toros, perros, gatos, gallinas compartían el patio de la casa. Para entrar y llegar hasta el fondo de las habitaciones tenía que sortear a los animales y rogaba fervorosamente no encontrarse a un toro enojado o a un gallo creyéndose más gallo.

Una pequeña comunidad donde lo más importante es venerar a sus santos con fiestas ostentosas y mucho aguardiente.

Tres posesiones preciadas eran el orgullo de los habitantes. Una, la iglesia, la más grande y hermosa construcción en el pueblo bajo un dominio militar y espiritual fue construida en el año de 1845 por los españoles. Hecha de cantera rosa, acabados de madera y láminas de oro. La segunda, la presidencia municipal, un cuarto poco ventilado donde las reuniones son para darle solución a los problemas; desde una gallina robada por un perro hasta el hecho de dar aviso que el marido se fue con la vecina, el desgraciado, ya no vivirá en casa y en caso de querer regresar, será sometido y enviado a la cárcel, la cual, es un cuartito de dos por dos metros, sin luz, sin agua y sin baño. Sortear los alacranes, víboras o malos espíritus es peor que engañar a la mujer. Todo pasa por el lugar al igual o de la misma forma que por la iglesia. Si no hay solución en una hay solución en otra. Y la tercera y última, la telesecundaria, solo los elegidos estudian ahí y si terminan son los respetados, quienes tomarán las decisiones futuras concernientes al pueblo.

Nora vivía con su padre Don Evelio y sus hermanos Rosa de 13, Rolando de 15 y María, la mayor, de 17. Esta última sufría de ceguera y problemas motrices. Tenía 6 años cuando perdió a su madre, aseguraban que de una gripa mal cuidada, pero las malas lenguas decían que su papá le había dado un mal golpe, mandándola directo al centro de salud, del cual nunca salió con vida. Dos años después del

fallecimiento, Rosa y Rolando se fueron de mojados a los Estados Unidos. A partir de eso y a su corta edad, se hizo cargo de su papá y de María. Don Evelio bebía desmesuradamente todos los días al volver del campo, las dos hermanas se escondían debajo de la cama para evitar ser insultadas, maldecidas, golpeadas una y otra vez.

Dalia, su mejor amiga, vivía al otro lado del pueblo, era de las niñas bien arregladas: cabello impecable, calcetas blancas y zapatos relucientes, todo lo contrario a ella, quien llevaba el cabello suelto y enmarañado, el uniforme sucio, algunas veces llevaba calcetas y otras no. Asistían a la única escuelita del pueblo, tres salones y tres maestros. Cada maestro se encargaba de dos grupos, ella cursaba el segundo grado y Dalia el tercero, ya no les tocaba estar en el mismo salón, ni con la misma maestra. Cada mañana al llegar a la escuela, Nora se quedaba mirando a Dalia a través de las rendijas de las ventilas de plástico. Era un martirio finalizar las clases, sentía una gran tristeza alejarse de ella, era lo único lindo que pasaba antes de llegar al infierno de casa. A la mañana siguiente, no veía las horas para encontrarla, su corazón saltaba de emoción al verla en la entrada de la escuela, en el recreo, cuando juntaban a los tres grupos para ir a la parcela escolar a sembrar o limpiar la tierra, buscaba ayudarla en todo momento. De ese modo, se dio cuenta plenamente que le gustaban las niñas, no solo estar con ellas jugando a las

muñecas o platicando de su dulce o comida favorita, lo común a esa edad. Era algo más que le atraía y no podía explicarse. No le gustaban ni un niño, a pesar de que sus amiguitas hablaban de Goyo, muy emocionadas y efusivas.

El día del cumpleaños número ocho de Dalia, soñaba en regalarle algo muy preciado; al no tener dinero robó de la caja de su papá unos cuantos pesos. Días después al enterarse él para que había sido, le fue peor que cuando llegaba borracho. Nora compró un par de lápices, un borrador y unas calcomanías. Tomó una hoja de su libreta e hizo un hermoso dibujo con flores de colores, un lago con patos y peces —algo muy similar al libro de lecturas— en lo alto de la hoja, apareció un sol amarillo brillante, sonriente y grande, a un costado del lago, dos niñas, apenas delineadas por palitos y con blusitas a cuadros y por faldas, un modesto triángulo; los cabellos eran rayones que llegaban hasta los hombros, las líneas largas de los brazos, simulaban las manos encimadas la una con la otra, los respectivos nombres de cada una de ellas se leían debajo de los dibujos para indicar quién era quién. Un montón de calcomanías pegadas por acá y por allá, una goma de borrar estaba pegada a la hoja hecha rollito y finalmente, una nota escrita al reverso del dibujo:

“Te quiero mucho, eres mi mejor amiga, me gusta tu sonrisa, el olor de tu pelo, quisiera darte un beso en la boca”.

Lo guardó en su cajita de zapatos donde atesoraba sus recuerdos más preciados, dentro había una piedra en forma de corazón, un listón que su mamá le regaló para su cabello, hojitas y florecitas que iba recolectando del campo. Sabía que tenía que guardarlo bien para que nadie lo viera.

Entre platicas, la mayoría de las niñas sacaban a relucir los nombres de los niños que les atraían. Risillas vergonzosas y burlonas relucían al escuchar el nombre del niño.

—Nora ¿quién te gusta?

—¡Dalia!— dijo sin maldad, sin saber que no podía decirlo.

Un silencio seguido de muecas de desaprobación.

—¡A las niñas no nos gustan las niñas!— reían a carcajadas, mientras unas se alejaban.

Al ver la reacción y oír eso, volvió a decir.

—¡No es cierto! ¡Goyo, me gusta Goyo!

Al día siguiente ya todos sabían lo que había dicho. Lo peor, la maestra Sandrita, una señora de casi sesenta años, regañona, mal encarada y enojona, cofrade de las devotas del pueblo. La llamó para platicar con ella.

—¡Mira niña! Yo sé que no tienes mamá y no te pueden enseñar como es debido. Así que le diré a tu papá que iras todas las tardes a la iglesia para ayudarle al padre Lencho.

—¡No, no voy a ir y dígaselo a mi papá!— le grito y salí del salón enojada y llorando, le había dolido tanto que le recordara que no tenía mamá. Furiosa se acercó a gritarles a las niñas.

—¡Me gusta Goyo!

Dalia se acercó a ella tiernamente a consolarla.

—¡Yo te creo! ¡Ya vete a tu casa!

Justo el mismo día, al llegar de la escuela, su papá la esperaba con el cinturón en una mano y el dibujo en la otra. El soplón de su hermano había esculcado entre su cajita de zapatos, quien no dudó en ir corriendo a echarla de cabeza. La golpeó hasta que se cansó, hasta que las marcas en las piernas y espalda de la hebilla incrustada sobre su piel no se vieron más por la sangre; las lágrimas ya no salían más de sus ojitos. Esa noche tuvo fiebre y pesadillas. Estuvo sola en un rincón de la cama compartida con sus hermanos. Desde ese día que Rolando la delató y se fue de la casa a los Estados Unidos, jamás le volvió a hablar.

— La verdad es que no me acuerdo de las tantas palabras que salieron de su boca, hubo algunas que hasta la fecha me duelen más que los cinturonzos, el odio contra mí se acrecentó y nunca me vieron igual—, contaría Nora a Dalia, ya de grandes, quienes nunca dejaron de ser amigas.

Se avecinaba la entrada a la telesecundaria, era una chica muy tímida y aislada. Fue Dalia quien la llevaba a todas partes, con la única condición que su papá no se enterara. El pueblo es muy pequeño, imposible de no saber qué hacían. A pesar de que lo negaba, él la golpeaba hasta cansarse. A veces fantaseaba con irse lejos, otras veces, lo mataba en sus pensamientos, pero siempre ganaba la compasión por Mary: ¿Quién la bañaría, la vestiría, le daría de comer y aliviaría lo que lo que le atormentaba? ¿Quién le cambiaría las toallas cuando estuviera en sus días? Era una madre para su hermana mayor.

Las salidas con Dalia y sus amigas empezaron a ser más recurrentes. Lo más lejos que podían ir después de no entrar a clases o a la iglesia era el río. Caminaban por una hora de ida y una de vuelta. Al otro lado del pueblo, atrás de un cerro que no les impedía nada: todas tenían novios mayores, menos Nora; fumaban, tomaban y se escapaban entre los arbustos para tener sexo. Ella sólo observaba y nunca opinaba.

Dalia siempre supo que le gustaba a Nora. Después de compartir una botella de mezcal entre las cinco chicas del grupo, ellas se alejaban un poco del círculo para conversar.

—¡Nora, yo sé que te gusto!, pero a mí me gustan los chicos. Es momento de que tengas novio— le dijo, mientras le daba un beso muy suave en los labios.

Correr o gritar eran sus opciones, sin embargo, se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

Aceptó salir con Javier, primo del novio de una de las chicas. No entendía que cuando lo besaba no sentía un mínimo de lo que había sentido cuando Dalia le rozó los labios. Las famosas mariposas y la calentura por todo el cuerpo, nunca llegaron. Después de los besos y de los arrimones que le daba, el estómago se le revolvía, no sólo por el perfume tan fuerte con olor a jabón rancio, también el sentir su respiración tan cerca y la saliva por el cuello la dejaban asqueada y con un sentimiento de suciedad. A pesar de todo fue con el primero con quien tuvo sexo, su experiencia narrada a las chicas fue con emoción fingida, contando detalle a detalle sin perderse un paso del encuentro. Tal como lo esperaban las amigas. No hubiera sido excitante decirles que le dolió mucho y casi vomitaba cuando se subió encima de él. Sino hubiera sido por el alcohol, no lo hubiera logrado.

No importaba la resaca del día anterior, las amigas nunca faltaban a clases por las mañanas a primera hora, entraban a clase de Biología, aunque siempre refunfuñaban.

—¿Quién tiene clase de Biología a estas horas?— se preguntaba Laura, muy molesta.

—Nosotras ¿quién más?— le respondió Carmela.

—A mi si me gusta entrar, aunque no le entiendo nada— Nora les comentó, desganada y aún con sueño.

— Chicas, por favor, guarden silencio, de lo contrario, me tendré que ver en la penosa necesidad de sacarlas y mandarlas a lavar los baños— dijo la maestra monitora, quien les llamó la atención por el ruido de la plática que traían.

—Ya maestra no sea enojosa— le contesto Dalia, mientras toda la clase se reía.

—No se dice enojosa Dalia, ya que no me dejan otra opción, las voy a mandar a lavar los baños de los niños— todos reían y se burlaban de ellas.

—Maestra; ¿si le ayudo después de la clase, no me manda a mí?— le dijo Nora muy quitada de la pena, casi irreconocible, porque casi nunca hablaba.

—Está bien, te quedas a la salida— la maestra le contestó con un gesto acalorado, mientras se ponía enérgica para calmar el bullicio de la clase.

Antes de llegar al salón, presentía algo, una co-razonada y un piquete en medio del estómago. Ya había notado que se la quedaba viendo en clases anteriores, era la sustituta de la maestra monitora de planta, su quinto hijo la mandó a reposar más de lo esperado.

—En el pueblo hacen unos deliciosas nieves de tuna roja con leche quemada ¿Quieres venir?— la invitación salió sin pensar de la boca de la maestra.

Nora, muy feliz, sin decir palabra, solo asintió.

—Mañana te quedas otra vez, avisa en tu casa que vamos a hacer un trabajo en la tarde.

Volvió asentir, esta vez con el dedo índice y un sonido gutural, ¡Mju! Mientras se llevaba a la boca el último bocado de la nieve.

Se sentía a gusto con ella, dejó de ver a sus amigas para irse en cualquier momento a verla, entre clases, en el receso o a la salida. Le reprochaban el tiempo y por ser la consentida de la maestra.

La Bióloga, como le decían los alumnos, la volvió a invitar, esta vez no dejó ni un momento de pensar en que se pondría, no es que tuviera muchas cosas que elegir, pero tenía la necesidad de vestirse linda. Quedaron un sábado por la tarde, a las 4, en la telesecundaria para despistar, se subió a su carro, un bochito que casi andaba de camino. Pasaron por otra nieve al único lugar del pueblo donde las vendían.

—¡Me gustas desde que te vi! Espero no te incomode que lo diga— mientras manejaba le soltó de sopetón las palabras. Nora sabía que algo pasaría, se sorprendió, pero en el fondo quería que algo así le dijera.

—No, no me molesta, creo que también me gusta, es muy bonita y huele muy rico— le dijo, mientras venía a su mente el olor de su mejor amiga Dalia, especialmente, ese olor de la infancia.

Después de terminarse la nieve y caminar por el parque, la llevó al cuartito que rentaba, al entrar y cerrar la puerta, la besó; empezó a sentir algo nuevo, el famoso calor y las mariposas revolotear, no sólo por su estómago, sino que estaban por todos lados de su cuerpo, desde los pies hasta la cabeza. Supo que era el momento de aceptar abiertamente que le gustaban las mujeres. Se encontraba muy nerviosa, la maestra también lo estaba, el calor en su cuerpo crecía con rapidez, le subió la blusa, le apartó el corpiño, apenas le empezaban a brotar los senos, lamió los pezones oscuros y pequeños, tomó su mano y la guio por debajo de su falda. Hubo un momento de silencio, se inmovilizó y enmudeció por un instante, nunca había sentido algo tan parecido, la humedad de otra mujer, sobresaltada, por lo que retiró la mano de inmediato.

— ¡No te espantes! Va a ser muy diferente esta vez— le dijo tranquilamente la maestra.

Le alzó la falda, sus piernas temblaban, la desvistió toda, mientras besaba su cuerpo hasta llegar a su abertura, sus manos la acariciaban, su lengua lamía su cuerpo como ella a su nieve de nuez; quería salir corriendo, tenía miedo, pero le gustaba la maraña de sentimientos encontrados. Después entendió

que tuvo un orgasmo mientras la masturbaba con sus dedos y su boca al mismo tiempo. La maestra le ordenó que hiciera lo mismo con ella, pero no pudo, aún estaba en shock, pensaba en lo tarde que era y la

regañiza que su papá le daría, sin arrepentirse de lo que acababa de suceder, se vistió de prisa.

— ¡Lléveme a mi casa! — le dijo con voz agitada.

— Te llevo con la condición de que la próxima vez, será mi turno.

Las palabras salían de su boca mientras la sentaba en la única silla que había. Le dio el espectáculo de cinco minutos más provocador a sus dieciséis años. Masturbarse y retorcerse frente a ella. Tenía la mirada clavada en esos dedos largos que paseaban por esa vulva repetidamente, la rapidez de los movimientos circulares que provocaron un grito que expulsó de su garganta mientras un líquido blanco resbalaba por su vagina y sus piernas temblorosas de placer.

Se frecuentaron todo el ciclo escolar, algunas veces se encontraban después o antes de clases dentro de su cubículo. El amor las atrapó intensamente. El fin de curso se acercaba y con ello el contrato de la maestra. Irse del pueblo era el siguiente paso.

—Nora, después de la graduación, me casaré, está todo planeado para mi boda— se casaría e iba a empezar una vida nueva, eran las palabras que no

entendió hasta después de repetírselas por una segunda vez.

La explicación del amor que le tenía, estaba de más, si todo estaba decidido. Nora, tristemente comprendió que era lo correcto para su situación. Al fin, estaban en un pueblo muy religioso, si alguien se enteraba que era lesbiana, que tenía una relación con la monitora de biología, quince años mayor que ella, su papá las hubiera matado a las dos antes de que los lincharan los de la iglesia.

Aún eran tiempos de no exponer sus gustos a la luz, de ese modo, aprendió a ser discreta, tener novios y terminar con ellos antes de llegar al sexo, sólo para llevar la fiesta en paz. Nunca hasta ahora olvidó a la maestra, con ella aprendió a ser quien es, disfrutar de sus gustos sexuales mientras se resignaba por el término de su gran amor y cumplía con los consejos bien inculcados.

—Disfruta con ellas y déjate consentir Nora— le decía mientras acariciaba sus senos. Nadie sospechará de las citas en casa, menos, si son casadas.

A los treinta años, Nora disfruta y consiente a sus aprendices. Nunca volvió a buscar a la maestra o supo de ella, pero aún sigue con la esperanza de verla una última vez, su gran primer amor y agradecerle infinitamente sus enseñanzas.

EL DÍA MÁS FELIZ

DE MI VIDA

LA CARTA PÓSTUMA DE MARIO LEE

WALTER M. ARELLANO

No recuerdo cuando fue la primera vez que me preguntaron cuál había

sido el día más feliz de mi vida, tampoco recuerdo cuando fue la última, pero hoy, creo que era necesario reflexionar al respecto...

La pregunta acerca del día más feliz de mi vida siempre me generó ansiedad por varias razones: no saber exactamente cuál había sido; no tener criterios para determinarlo; y, finalmente, la posibilidad de que yo mismo saliera decepcionado al dar cuenta de la banalidad del día más feliz de mi vida, más aún si consistía en compararlo con el de alguien más.

Aquel que consideramos “el día más feliz de la vida”, ¿tendría que ser el prototipo de otros días?, o ¿es un evento que acontece sólo una vez en la vida? Sin duda, las preguntas que conlleva reflexionar acerca de esta data tan especial, tarde o temprano, nos llevan a la imperante necesidad de justificar nuestra existencia...

Si hubiera sido creyente de alguna religión definitivamente todo sería más sencillo: el día más feliz de mi vida sería una ceremonia religiosa y mi existencia estaría llanamente justificada al arbitrio de una deidad. Soy de esos ateos “pacíficos” pues me gustaría creer, pero simplemente no puedo porque las categorías con las que entiendo y explico “la realidad” son notoriamente incompatibles con los dogmas religiosos, pero eso no implica que me gustaría que Dios se manifestara y me explicara todos los “porqués” que aquejan nuestra existencia, por supuesto, también me gustaría pensar en un “Dios

bueno” que me escuchara y amparara al saber de mis problemas.

Pese a lo anterior, estoy seguro de que si un día llego a estar frente a frente al “creador” del universo -si es que lo hubiera— tendría más reclamos que gratitud y, por supuesto, expondría ante la comunidad celestial todos los atropellos que ha cometido contra la humanidad (aunque seguramente alguien ya lo hizo) siendo el primero de ellos su gran irresponsabilidad: ¿a qué deidad se le ocurrió dar libre albedrío a entes con tanta capacidad de hacer daño?, ¿habrá una corte celestial, una policía divina o alguna instancia que persiga la arbitrariedad e irresponsabilidad de Dios?, ¿tiene Dios un contrapeso político que frene sus decisiones dictatoriales? Tal vez las respuestas parezcan obvias pues supuestamente es un ser omnipotente, omnipresente, omnisciente y omnibondadoso... en pocas palabras es un perfecto dictador.

En fin, ¡qué manera de evadir la pregunta inicial!, tal vez sea más fácil hablar de Dios que del día más feliz de mi vida. Seguramente, es fácil hablar del día más feliz de mi vida si lo distinguimos del más importante, el más significativo o simplemente el que cambió mi destino, porque por supuesto que hay días más importantes que otros, días que trascienden y días que simplemente se pierden en el difuso océano de la existencia. Somos consecuencia de esos días que arrastramos consiente o incons-

cientemente y que a veces sólo se pueden ver en su totalidad y no por sus partes.

Así pues, el día más feliz de mi vida seguramente tuvo que ser el más alegre, en el que la pesadez de mi corporeidad se difuminó en la alegría y la dicha de disfrutar la vida. Recuerdo una vez en que en mi juventud, con mis amigos de la adolescencia Pablo y Ricardo, lanzábamos pelotas de tinta apoyados de un par de potentes resorteras desde el departamento de Ricardo (ubicado en el primer piso) al departamento de una señora que vivía en el penúltimo piso del edificio de enfrente... reíamos plácidamente mientras la señora notoriamente enojada trataba de explicar de dónde venía “el ataque”, al tiempo que limpiaba su ventana, ¿habrá sido ése el día más feliz de mi vida?

No sé si efectivamente fue el mejor día de mi vida, no niego que fue un día divertido, ¡muy divertido!, es una lástima que haya sido a costa del tiempo que le llevó a la señora limpiar sus ventanas y, por supuesto, del injustificado coraje que los majaderos de mis amigos y yo le hicimos pasar. Dicho lo anterior, ¿por qué queremos clasificar a un día cómo el mejor?, ¿para qué nos sirve? No lo sé, pero tampoco sé porque esta pregunta me atormenta...

¡Quiero que hoy sea el mejor día de mi vida! No buscaré otro en el archivo de mi memoria. En ocasiones es mejor crear los momentos que perderse en la búsqueda de recuerdos, donde indubitablemente

se corre el riesgo de encontrar al peor día de mi vida en vez del mejor.

He vivido con privilegios, mi sufrimiento ha sido banal en comparación a muchas personas que viven inmersas en la flagelación física y mental voluntaria o involuntaria. Cuando la gente escucha el nombre de Mario Lee -mi nombre—, se remonta a un empresario próspero de 67 años miembro fundador de “La chaparra”, una de las sociedades cooperativas que sobreviven en México, padre de dos talentosos hijos (Roberto y Olivia Lee Villafañe) y compañero de vida de la reconocida politóloga y profesora universitaria Florencia Villafañe. A los ojos de cualquiera es la vida perfecta, y en efecto casi lo es.

No hay vida plenamente “perfecta”, los humanos estamos destinados a sentir el dolor y ha sufrir de una forma u otra y en distintas medidas y proporciones, nadie se libra. A veces duele la propia incertidumbre de los azares de la vida, a veces sufrimos en los pies de otros y en ocasiones nuestra corporeidad se encarga de recordarnos que somos materia fértil para sentir dolor, ya sea orgánica o psíquicamente.

Hace varios años me di cuenta de que vivía en “la monotonía del privilegio”. Un día simplemente perdí el sentido de mi existencia, más allá de los placeres banales y de tratar de ser lo más virtuoso posible, descarrilé el rumbo sin ganas de retomarlos.

Siempre creí que el sentido de la vida era, justamente, ése: hallar una razón para vivir. Nunca creí que pudiéramos tener un sentido colectivo y universal, sino que en realidad una de las máximas libertades que tenemos es la de elegir como significamos nuestra existencia.

Hoy no me importa nada, pero quiero dejar este mundo respondiendo esa pregunta que últimamente me agobia y que ya he repetido sin regateo, acerca de los innumerables días vividos cuál fue el más feliz, la respuesta será ¡hoy!, el último día de mi vida.

Qué lujo de aquél que puede decidir cuándo y cómo será el día más feliz de su vida, pero más quien puede desafiar a la vida misma para retirarse cuando cree que ha ganado y no le queda más por vivir. Yo he ganado...

El suicido siempre ha tenido una connotación negativa en el imaginario social desde tiempos inmemorables y para mitigarlo se ha asociado con la cobardía. ¡Ja!, cobardía es dejarse absorber ante el sinsentido de una existencia subordinada a los intereses de otros. El suicida es un rebelde que cuestiona a la sociedad y desprecia a cualquier divinidad al renunciar a la vida.

Nuestra vida es una obra póstuma generalmente destinada al olvido. Alguna vez alguien me dijo: ten un hijo, escribe un libro y planta un árbol y en-

contrarás la “inmortalidad”. Al respecto debo confesar que no sé el nombre de mis ancestros, cada día se talan más y más árboles, legal e ilegalmente y, por otro lado, no hay que perder de vista que la gran mayoría de los textos de Aristóteles se perdieron en el tiempo, y eso que fue el gran Aristóteles, no un escritor intrascendente. No hay inmortalidad de ningún tipo, solo una obsesión infértil para perpetuarse. Un día el sol dejará de brillar y sólo quedarán vestigios de todo esto (en el mejor de los escenarios).

El suicidio es la máxima manifestación de la racionalidad y una expresión ética de gran calado que no se debe tomar a la ligera. Claro, indubitablemente, se debe evitar a toda costa cuando quien lo pretende realizar está aturdido por pesares psíquicos o por la sobredimensión de algún problema, pero, por otro lado, no debemos dejar de observar que nadie ni nada nos debe privar de decidir por nuestra corporeidad. Eso incluye al Estado, quien debería de garantizar la posibilidad de que cualquier persona pueda transitar dignamente a la muerte. Eso es una lucha que dejo pendiente...

Hoy es el mejor día de mi vida, pero al mismo tiempo el último, por ello, informé a las personas más importantes en mi vida, las que más quiero para convivir en una reunión privada, claro, previa advertencia de lo que pasaría al finalizar el evento, evidentemente, tuve que ser selectivo para evitar a “los moralistas” que iban a tratar a toda costa “salvarme”

o que sospechaba iban a asumir el papel de Jantipa en la *Apología de Sócrates*...

Mi acta de defunción estaba lista y tuve el asesoramiento de los mejores médicos y abogados que el dinero pudo pagar para simular una muerte natural sin dejar a Florencia una carga o, mejor dicho, asfixia burocrática.

En el fondo me dolía que la gente que quiero pensara que era un rechazo hacia ellos, es decir, un mensaje de no querer compartir más mi existencia, pero al final del día lo entendieron bien. Nos reunimos, comimos mis platillos favoritos, contamos anécdotas, reímos, lloramos y nos abrazamos, me dispuse a dar las últimas palabras de forma individualizada. Me sentía dichoso de poder hacer lo que muchos difuntos no pudieron: despedirse e irse dignamente. Finalmente, me dispuse a dar el siguiente discurso con música de los Beatles de fondo:

Queridos todos y todas:

Sé que muchos no entienden esta decisión, les dejaré un escrito que les servirá de anteojos para ver lo que yo veo, es un regalo para la posteridad. No me queda más que agradecerles su amor, su cariño y paciencia y, por supuesto, desear que siempre puedan justificar su existencia, pero, al mismo tiempo, que tengan claridad

cuando no sea así...

No sé qué sigue, no tengo miedo, al contrario, por primera vez en la vida siento certeza, siento como si dominara el mundo, mi mundo. Tengan la seguridad que, si hay un plano celestial, me encargaré de vengar a la humanidad y lucharé contra la dictadura de Dios o de los Dioses, lucharé para que ninguna criatura en este universo terrenal o divino sufra por el capricho, diversión o irresponsabilidad de un ente divino -si es que existe— ¿qué es lo peor que me puede pasar?, ¿morirme? (risas).

Nos vemos en nuestros recuerdos y, si tenemos suerte, en otra dimensión. Me voy con la sensación del deber cumplido, ¡sean virtuosos!, ¡sean felices!, siempre y cuando quieran seguir “siendo”.

Así fue el día más feliz de mi vida y al mismo tiempo el más nostálgico, pero también en el que me sentí más digno, más humano. Ahora, es momento de tomar esta succulenta bebida que por medio de un sueño profundo me llevará a lo que nosotros llamamos “la muerte”.

Mario Lee

MI PADRE EL RELOJERO

XICONTÉNCATL SERVIN

Aprender a contar es condenarse a no dejar de hacerlo nunca, es condenarse a quedar encerrado en el tiempo. Desde que comenzamos a medir, calcular y contar, todo en la vida se nos vuelve un eterno flujo de números, medidas y cálculos. Y cuando menos nos percatamos, quedamos encerrados en la monotonía del tiempo, en la prisa. ¿Qué es realmente el tiempo? Antes creía que era solo una percepción de nuestro intelecto para ordenar el mundo y la fugacidad de la existencia. Ahora comprendo que no es así.

El tiempo es un eterno flujo que nos desmorona, nos desgasta y mata a cada instante. El tiempo, es la más fuerte y cruel fuerza de la existencia.

Aunque parezca extraño, supe de hombres que se consideraban dueños del tiempo, que conocen su curso natural porque no calculan ni fraccionan su cauce como nosotros. Sólo lo observan pasar como un pastor observa el río en el que bebe su ganado. Mi padre me contaba miles de historias sobre los hombres del desierto. Me contaba sobre sus costumbres y tradiciones, sus inmensas caminatas y su conocimiento sobre el tiempo, el silencio y los sueños. Según mi padre, estos hombres sienten el ritmo del tiempo a través del único reloj que tienen: los latidos de su corazón. Aún recuerdo la emoción con la que mi viejo, hombre serio y de carácter fuerte, me contaba sobre su estancia de siete años en el desierto —donde según él pasaron más de 70 años—, y sobre las grandes enseñanzas que aprendió a lado de los viejos nómadas del desierto. Pasé muchos años escuchando sus historias, eran éstas el único pretexto que tenía para platicar a fondo con mi padre. Algunas me sorprendían bastante: historias sobre camellos de más de cien años, grandes tormentas de arena y rituales con plantas sagradas. Otras simplemente me resultaban difíciles de creer, como la de aquella flor que crece y se desarrolla durante más de cien años, pero cuando llega su momento

de florecer lo hace sólo durante unos segundos. Segundos que, según los hombres del desierto, eran una eternidad. Bastaba con aprender a observar y contemplar más allá de la simple mirada el desvanecimiento de su ser.

Mi padre decía que todos éramos como aquellas flores, vivimos tan sólo un instante que al mismo tiempo es una eternidad. ¿qué diferencia puede haber entre el instante y lo eterno en el constante fluir del tiempo? Nunca supe hasta donde sus relatos estaban llenos de ficción, lo único que tengo claro es que todas aquellas historias enloquecieron por completo a mi padre. Desde su regreso de aquel lugar al que nunca supe a qué parte del mundo pertenecía, el viejo se obsesionó con el tiempo. Decía continuamente que no éramos más que pequeñas burbujas flotando por un eterno instante.

Me di cuenta por completo de su locura cuando una noche algo cambió drásticamente en él. Lo escuchaba hablar en susurros y lo veía parpadear a gran velocidad con una cara de sorpresa bajo la obscuridad, como si todo lo que viera fuera nuevo o cambiara a cada instante. En una ocasión permaneció observando su rostro frente al espejo durante toda la noche. Otras veces se quedaba tumbado en el sillón con las luces apagadas sin hacer ni decir nada. De vez en cuando volteaba a ver el gran reloj

de arena que se encontraba en medio de su habitación. Lo miraba por un instante y luego regresaba al sofá y repetía susurros en silencio. Un silencio que solo él entendía. Me preocupé por algún tiempo de los cambios repentinos que tenía, los cuales se hacían cada vez más notorios y recurrentes. Pero supuse que los estragos de la edad le estaban haciendo efecto. El doctor lo visitó algunas veces, pero solo le recetaba calmantes y somníferos cada vez más potentes. Cuando le preguntaba al doctor sobre la salud mental de mi padre, solo me respondía: “Su padre ya es viejo y su mente está cansada, déjelo tranquilo y preocúpese porque tome sus medicamentos.” Después de un tiempo mi padre se rehusó a ver al doctor. Decía que solo buscaba dinero y que lo que le pasaba no era ninguna enfermedad, sino tan solo un proceso de su espíritu y que pronto se pondría mejor. Me hizo jurar que no volvería a llamar a ningún doctor. Por alguna extraña razón cumplí mi juramento.

El tiempo pasó y después de siete meses dejó de contarme historias y se hizo más retraído, más silencioso, más ausente. La obsesión de mi padre comenzó a crecer cada vez más y conforme pasaban los días un reloj nuevo mostraba la hora dentro de la casa, no había habitación en la que no sonará el molesto tic-tac de algún reloj. A las doce en punto un carnaval de campanadas sonorizaba toda la casa,

al principio los relojes mostraban retrasos de medio segundo o un cuarto de segundo, pero pronto todos avanzaban al mismo ritmo. Cosa peculiar para una casa con más de cien relojes.

La obsesión de mi padre en un principio se basó en un interminable deseo por comprar cualquier reloj que le pareciera exótico; los habían cuadrados, redondos, triangulares y hasta los más extraños de figuras y colores extravagantes. Pero su manía fue más allá, pronto descubrí a mi padre construyendo sus propios relojes. Miles de micromáquinas sobre su estante habían sustituido a los libros y las libretas. Manecillas de todo tipo y de todo color ordenadas escrupulosamente, motorcillos más pequeños que la yema de mi dedo y todo un sinfín de números arábigos y romanos acomodados sobre aquella mesa vieja junto a la ventana. Dicen que el tiempo es algo que no puede verse, pero dentro de mi casa es algo tangible. El tiempo puede verse, escucharse y sentirse en cada paso y en cada habitación. Mi casa se convirtió en tan sólo unos meses en un templo del tiempo, todo un monumento a aquellas máquinas infernales que mueven el mundo y nuestras vidas.

Solo una vez me atreví a preguntarle a mi padre sobre su necedad de construir tantos relojes, pero su silencio dejó que las múltiples manecillas respondieran con su estruendoso y sonoro: tic-tac, tic-tac, tic-tac. No puedo negar que mi padre se volvió un

verdadero artesano del tiempo. Convirtió las cosas más comunes e inimaginables en “máquinas del tiempo”.

Algunos de los relojes que más me extrañaron y al mismo tiempo me fascinaron fueron los que construyó en sus últimos días. Un reloj hecho de dos pedazos de piedra finamente tallados, con números romanos de plata y manecillas de metal bañadas en chapa de oro. Después otro que construyó en tan sólo doce días. Era un reloj gigantesco de madera y bambú movido con un par de imanes y una aguja fina, en la que me resultaba imposible leer el tiempo. Tenía también un par de “clepsidras”, relojes de agua que construyeron hace siglos los egipcios y que miden el tiempo a través del flujo constante del agua. Pero el más extraño y al que más aprecio le tenía mi padre era el gran reloj de arena que resguardaba en su habitación. Un reloj de aproximadamente un metro de altura y en el que la arena fluía tan despacio y lento que nunca alcancé a ver por completo el receptáculo inferior por completo lleno.

Una mañana fría de invierno desperté sobresaltado por el silencio que inundó mis oídos al percatarme de que todos los relojes de la casa se habían detenido, ninguno marcaba la hora correcta, ¿cuál era la hora correcta? ¿Las 11:15, las 8:45, las 9:23? Fui corriendo a la habitación de mi padre para avisarle que algo había ocurrido, que los relojes se ha-

bían detenido y además en distinto orden. Al llegar a su viejo taller ubicado en el sótano de la casa, lo encontré sentado con las luces apagadas y mirando fijamente al techo de la habitación. Sobresaltado y con temor le pregunté si algo sucedía. Después de 7 segundos, me miró fijamente con una mirada cronométrica durante 3 segundos y medio. Con voz ronca y en tono bajo me dijo: “envejeces muy rápido, al igual que todas las cosas”. Palabras que tardaron 4 segundos y 84 milisegundos en ser expresadas. Sabía que algo muy extraño pasaba por la cabeza de mi padre, presentía que su percepción del tiempo había cambiado por completo. Le dije en ese instante que los relojes habían dejado de marcar la hora. “¿Qué hora?”, me respondió en 57 milisegundos. A lo que no supe qué contestar. Cerrando los ojos y con una voz muy baja me dijo: “Mi corazón se ha detenido, por eso los relojes han dejado de seguir su curso”. Su respiración se hacía cada vez más lenta e imperceptible. ¡Padre!, le grité sobresaltado. Abrió levemente los ojos, me miró fijamente y con una breve sonrisa su respiración se detuvo.

No podía dejar que se fuera así: ¡Padre!, ¡contéstame!, ¡Padre! ¿qué es el tiempo?, ¡padre! ¿por qué puedo ver cómo tu rostro se desvanece?! ¿por qué no dejo de contar los instantes precisos en los que transcurre el tiempo?! ¡¿padre, qué nos ha pasado?! Los relojes de pronto comenzaron a andar, el

estruendoso tic-tac, tic-tac, volvía a sonar de nuevo.

El eterno retorno del tiempo volvía a comenzar su marcha, en medio de todas aquellas maquinas sentía que ninguno de los relojes marcaba la hora correcta. ¿Cuál era la hora correcta? ¿qué demonios es el tiempo? Todo comenzó a dar vueltas sobre mí, un agudo dolor de cabeza y una terrible sensación de angustia invadió todo mi ser. De pronto, en medio del estruendoso tic-tac, tic-tac, tic-tac de los miles de relojes, en un instante efímero pero duradero pude escuchar el latir de mi corazón, su ritmo era diferente al de los relojes, cada latir estaba una millonésima de veces adelantado a las manecillas de los relojes, entre segundo y segundo descubrí un infinito de duración, ahora me parecían que los relojes avanzaban a una velocidad demasiado lenta, como si el tiempo se hubiera detenido por un momento. Como si todo se desvaneciera lentamente y quedara suspendido en la gravedad del tiempo. Pude percibir entonces el envejecimiento de los árboles por la ventana, el deterioro de mi piel y de mi rostro, al verme frente al espejo me resultaba irreconocible a cada instante, un nuevo “yo” en cada latido. El instante en el que parpadeaba volvía a ver el mundo de una forma completamente diferente, escuchaba el crujir de la madera de los muebles, sentía cómo cada uno de mis órganos internos se movía, percibía el fluir de mi sangre a través del torrente de mis venas. Un

parpadeo era una eternidad. La locura de mi padre ahora también yo la experimentaba. Los relojes ahora se movían por la fuerza de mi corazón, mis latidos eran los que daban ritmo y movimiento a aquellas máquinas infernales. Era ahora yo el relojero.

Es de madrugada y apenas si puedo terminar de escribir esta carta. Ya no puedo soportar observar cómo envejezco a cada momento, cómo se van formando sobre mi rostro nuevas arrugas, cómo mis ojos se hacen cada vez más opacos, cómo mi cabello comienza a caerse, cómo mi corazón late cada vez más despacio. Ha sido insoportable escribir en la hoja sin percatarme del desgaste de la tinta sobre el papel. No pienso seguir encerrado en esta capsula del tiempo. Todo esto tiene que acabar. He quedado preso al igual que mi padre del ritmo secreto del devenir que desmorona todo poco a poco como la arena frágil de desierto. No puedo soportarlo más. “Desde hoy, colgado de mi cuello, en una cinta de crin, cuelga el reloj de las horas. Desde hoy cesará el curso de los astros, sol, sombras y canto de gallos, y cuanto me anuncia siempre el tiempo, estará ahora mudo, sordo y ciego: ahora calla para mí toda la naturaleza, en el tictac de la ley y de la hora.”

LAS PLANTAS DE MI ABUELA

ROGELIO LAGUNA

I

Cuando mi abuela murió heredé una docena de plantas que nadie reclamó. Entre mis tíos se repartieron los muebles, la ropa, y las pocas joyas que ella había aterosado durante su vida. Recuerdo cómo poco a poco su casa empezó a quedarse vacía. Con cada mueble que salía, con cada cuadro que descolgaban, más frío se empezaba a sentir por aquellas habitaciones y corredores donde había pasado mi infancia.

Todavía quedaba, eso sí, la luz de la mañana que se colaba por la ventana de la cocina y que combinaba con el jugo de naranja, el pan con mantequilla y el café de olla que siempre me ofrecía por las mañanas cuando la visitaba. Cómo yo, la luz de la mañana debía estar desconcertada, buscando a mi abuela sin encontrarla, sintiendo nostalgia de una vida que hasta poco nos acogía en un cálido abrazo.

A diferencia del resto de las cosas, a las plantas nadie les puso atención y con el paso de los días empezaban a marchitarse. En la última vez que entré a esa casa las vi decaídas, entristecidas, resignadas a dejarse morir sin las manos amorosas de mi abuela que las acariciaba todas las mañanas, sin su voz que les contaba su vida. Las tomé del pasillo sin que nadie me dijera nada, les puse un poco de agua y después me las llevé goteando. Les busqué un lugar en el departamento que compartía con Oscar, él no era mucho de plantas pero debió hacer algún comentario de que éstas estaban casi muertas. -Van a revivir- le dije.

Aunque algunas efectivamente se marchitaron, otras fueron retomando fuerza y a los pocos meses habían crecido un poco e incluso parecían empezar a dar retoños.

II

Recuerdo que era un día como cualquier otro. Nos despertamos, habremos tenido una pequeña discusión matinal acerca de a quién le tocaba hacer el desayuno y después nos pusimos a trabajar cada quién en lo suyo como era habitual los días que coincidimos en casa.

-¿Qué estás leyendo? le pregunté qué leía descalzo sobre uno de los sillones amarillos que estaban en la sala.

- Una novela de Javier Marías.

-¿Está buena?

-Pienso que te gustaría.

-Después me la prestas.

-¿Sí la vas a leer?

-Lo voy a intentar- respondí.

Recuerdo lo atractivo de su imagen leyendo en el sillón de la sala, con sus pies descalzos pálidos como si nunca les hubiera dado el sol y una camisa blanca que contrastaba con su cabello oscuro. -Te quiero, Oscar-. Sonrió al escucharme y siguió leyendo.

Al mediodía sonó la alarma sísmica, era un simulacro. Ignoramos la alarma como de costumbre porque a pesar de vivir en un cuarto piso jamás ha-

bíamos experimentado más que una leve sacudida. Le pregunté a Oscar a dónde quería ir a comer, - A dónde quieras-, me dijo sin separar demasiado la mirada del libro. Seguí trabajando en la computadora por un lapso de tiempo que ahora me parece indeterminado.

Lo que recuerdo después fue una fuerte sacudida, los libros cayendo de los estantes, el estruendo de los trastes quebrándose en la cocina, gritos de afuera y la alarma sísmica disparándose muy fuera de tiempo. Terremoto. Calculé en mi mente cuánto tiempo tardaría en llegar a la puerta, en bajar las escaleras y salir. Era demasiado tarde. Busqué entonces la mirada de Oscar entre las cosas cayendo y el polvo que se desprendía de las paredes. Cuando al fin encontré su mirada asustada y puesta fijamente en mí quise decirle -Lo siento-, sin saber por qué. Después se escuchó un fuerte estruendo y todo se nubló.

III

-Oscar, ¿estás ahí?

-Sí.

-¿Estás bien? ¿Tienes cerca tu celular?

- Me duele algo en el pecho. Mi celular estaba cargándose en la recámara.

-El mío no tiene pila-, le dije. intentando sacarlo

de mi bolsillo, pero no tenía mucho espacio para moverme.

—¿Es en serio esto?

—Parece que sí. Parece imposible ¿El mismo día, 30 años después?

—¿Puedes moverte?

—No y tú..

—No...

—¿Crees que sea bueno gritar? ¿Escuchas algo de afuera?

—Nada. Quisiera poder tomar tu mano.

—Seguro nos sacan pronto, estamos casi hasta arriba.

—No me siento bien.

—Calma.

—¿A ti te duele algo?

—No siento un pie, creo que me cayó algo pesado. Tal vez el librero.

—Malditos libros.

—Cuando salgamos de aquí los regalamos todos.

—Me quiero reír pero me duele.

—Y se mete el polvo en la boca.

—Siento que todo me da vueltas.

—Relájate, respira profundamente.

—Eso intento. Tengo mucho miedo,

—No tengas miedo, al menos estamos juntos, o casi juntos.

- ¿Y los demás cómo estarán?
 —Espero que bien. Rogelio, tengo sueño.
 —No, no te duermas. Mantén los ojos abiertos.
 —Eso intento pero no me siento bien. Se me ha de haber bajado la presión.
 —¿Quiéres que te cante una canción?
 —Sí.
 —¿Cuál quieres?
 —No sé.
 —Te voy a cantar la que te da risa.
 —Se me va a meter el polvo.
 —Entonces una tranquila.
 —Está bien.

IV

- ¿Estás ahí?
 —Sí, ¿qué sucede?
 —¿Cuánto tiempo ha pasado?
 —No sé, calculo que unas cinco horas, no veo mi reloj.
 —Tengo hambre y sed.
 —Debimos haber ido al Vips temprano, así habríamos salido a la calle y al menos estaríamos comidos.
 —Nunca te apuras.
 —Es de familia.
 —¿Crees que sea de nuevo como en el 85, que la ciudad esté destruida y que nadie sepa bien qué pasa?

—Ojalá que no. ¿Quiéres que te cante otra canción?

—No, estoy bien.

—¿Será que ahora sí gritamos?

—Tendríamos que esperar a que escuchemos algo. No oigo nada.

—¿Estarán todos muertos?

—No, no. Alguien debería venir.

—¿Pero cuándo?

—No sé.

—¿y si nunca salimos de esta?

—No seas tonto, claro que saldremos.

—No voy a aguantar mucho, no me siento bien,

—Oscar, ¡escúchame! Vamos a salir y después será una gran anécdota. Imaginate contarle a tu sobrina lo que nos pasó. Podemos ir a la playa también.

—A ti no te gusta la playa.

—Me gustó esa a donde me llevaste, donde hay un brazo de tierra que entra al mar.

—¿Punta cometa?

—Sí, ahí.

—Fue un viaje bonito.

—Podemos volver a ir.

—No voy a poder, Rogelio.

—¿Estás llorando?

—Es que no me quiero morir aquí.

—No te vas a morir.

—Si sintieras lo que estoy sintiendo sabrías que sí.

—¿Y qué voy a hacer sin ti?

—...

—Oscar, háblame.

V

Lloré en silencio cuando dejé de escuchar la voz de Oscar, no sabía si estaba vivo o muerto, o sí simplemente se había quedado profundamente dormido. Temía hablarle y escuchar el silencio como respuesta y entonces me sentí muy solo en los escombros de aquel departamento, de aquella vida que en algún momento había creído definitiva, como un estado de cosas que me acompañaría hacia el futuro. Un futuro que en esos momentos era indescifrable y que tal vez no me llevaría más allá de aquel sitio. Seguí llorando en silencio hasta que comencé a ver un resplandor. Creí que venía de arriba, de algún equipo de rescate que por fin había venido a sacarme de los escombros, pensé en hablarle a Oscar en decirle que habíamos tenido suerte, que saldriamos de ahí y que volveríamos a caminar juntos y a mirarnos a los ojos juntos antes de quedar dormidos. Pero la luz no venía de arriba, sino de entre los escombros, como esquivando los escombros la luz se abría paso hasta mí, y entonces cuando estuvo lo suficientemente cerca de mis ojos pude ver que se trataba de pequeños retoños, hojas luminosas que salían de entre los escombros y se pegaban a mi cuerpo para darme calor.

Las plantas de mi abuela me rodearon consumiendo su vida, me reconfortaban, se pegaban a mí para hacerme sentir que todo estaría bien. Y entonces recordé la voz de mi abuela cantando a sus plantas, la

ternura de sus manos que las regaba con agua tibia cuando hacía frío. En aquel capullo que lentamente dejaba de brillar a mi alrededor encontré un remanso de paz que me hizo entrar en un sueño profundo. -¿Será que estoy muerto?

VI

Ladridos, gente gritando, la luz del día que cegaba mis ojos, y un dolor punzante en una de mis piernas. Me costó trabajo entender que acababa de ser rescatado, sacado de los escombros. -Oscar- intenté balbucear a las personas que me acomodaban sobre una camilla. -No hables-, me dijo una mujer-nosotros nos encargaremos. Desperté horas después en el hospital donde me esperaba mi hermana con un ramo de flores.

-Pensamos que estabas muerto, me alegra que no.

-¿Y Oscar?

-Está bien.

-¿Puedo verlo?

-Pronto.

VII

Pude ver a Oscar esa misma noche. No teníamos ropa, ni libros, ni muebles pero se sintió muy bien volver a abrazarnos. Quisiera decir que nuestro amor duraría por siempre, pero como a muchos otros el

terremoto nos cambió la vida y nos separamos unos meses después. Cuando lo extrañaba salía al parque a mirar las plantas, las contemplaba por algunos momentos y a veces creía ver salir de ellas unos tímidos destellos dorados parecidos a los últimos rayos del sol que iluminan el final del día.

Coyoacán, Pandemia 2021.

CIUDAD DE MÉXICO
Primavera 2021

ISBN: 978-607-99227-0-2



Estos cuentos desde el abismo, sueñan su propia luz, buscan su camino, su propia verdad. Son testimonio de un tiempo en que parece, nos hemos extraviado. Habrá que retomar la vida, pero para que sea un fruto digno de ella, la vida tendrá que ser distinta.



Revista
consideraciones



Mil Mesetas